

SALTO AL FUTURO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

541 – El planeta del holocausto atómico, *Ralph Barby*.

542 – El planeta encantado, *Joseph Berna*.

543 – Contrabandistas del cosmos, *A. Thorkent*.

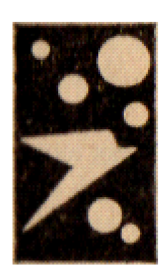
544 – La fuerza absoluta, *Clark Carrados*.

545 – Cita en Ganímedes, *Kelltom McIntire*.

A. THORKENT

SALTO AL FUTURO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 546
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84—02—02525—0
Depósito legal: B. 35.061 — 1980

Impreso en España — *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

El doctor intentó ser diplomático al darme la noticia. Por supuesto, no lo consiguió.

¿Pero es que alguien puede decirle a uno que tiene sus días contados y esperar luego que se eche a reír? No, decididamente, no es posible encontrar las palabras justas para impedir que quien escuche su sentencia de muerte no se desmaye.

Connors, el doctor, anduvo con rodeos unos instantes, hablando tonterías, pasando de un tema a otro y mordiendo nerviosamente su cigarro. Así, fue sencillo que yo supiera que la noticia que tenía que darme me iba a resultar funesta.

—Sí, más o menos el plazo está entre dos meses y un año —concluyó Connors, respirando ruidosamente y muy aliviado al parecer. Había soltado que yo debía morir, y debió de sentirse mejor.

Pero quien estaba terriblemente mal era yo.

Lo lógico en tales casos era preguntar si estaba seguro de lo que decía, si los análisis eran correctos y todas esas tonterías que se suelen preguntar mientras uno trata de vencer los mareos y se sujeta a la silla mientras la habitación da vueltas.

Yo no hice ninguna de esas preguntas. Me habían sometido a un chequeo en la mejor clínica del país. Si allí decían que estaba en perfectas condiciones de salud, el muerto estaba obligado a levantarse, dar los buenos días y marcharse por sus propios medios.

De todas formas, parecía obligado hacer alguna pregunta.

—¿No podría concretar la fecha de mi... muerte?

—Lo siento, señor Longer —negó con vigor el doctor, que además era el director de la clínica—. Ni tampoco hay medio posible de alargarle la vida. Su enfermedad está en un proceso irreversible. No se puede detener. La crisis estallará, como ya le he dicho, entre dos meses y...

—Un año —concluí yo, asintiendo. De ninguna forma había pensado quedarme allí, ocupando una habitación y confiando que los médicos prolongasen unos días mi existencia.

Me repugnaba la idea de morir rodeado de aparatos, sondas y demás chirimbolos.

Yo padecía una extraña enfermedad, poco común. Tal vez lo mejor de ella era que hasta el último momento podía hacer mi vida normal. No sufriría mucho, según me había asegurado Connors. Un día sentiría un poco de dolor de cabeza, luego en el pecho, y se acabó. Era aquel maldito virus marciano.

Hacía dos años había estado en Marte. Siempre había sido mi

ilusión viajar por el espacio, y aproveché que mis negocios me ofrecían aquella posibilidad que todavía no estaba al alcance de todo el mundo, aunque la poseyeran los aspirantes inmensas fortunas.

Contraje la enfermedad en Marte, me marché a las instalaciones mineras de Sinus Roris y cuando regresé me dijeron lo que tenía. Pero había pasado demasiado tiempo. El virus se había instalado cómodamente en mi organismo y ya la vacuna no podía hacer nada.

Después de terminar mis negocios en Marte, un poco bajo de moral, regresé a la Tierra. Recorrí docenas de hospitales y clínicas. En ninguno me daban esperanzas, pero hicieron cuanto pudieron, me cobraron sustanciosas facturas y los equipos médicos se encogieron de hombros. Eso sí, me acompañaban amablemente hasta la puerta y aconsejaban resignación.

Pero yo seguía encontrándome estupendamente, mejor nunca. Me resistía a creer que un cochino virus de Marte que apenas había causado más de tres bajas entre los miembros de las múltiples expediciones, estaba decidido a mandarme al otro barrio.

Creo que terminé convenciéndome hacía dos meses, cuando me desmayé en pleno consejo de administración de mis florecientes empresas.

Era el primer aviso de que el proceso evolutivo de la enfermedad estaba entrando en su fase final. Unos meses más y paf.

El doctor Connors me acompañó hasta la salida de su despacho, me estrechó la mano y murmuró unas palabras que no entendí. Posiblemente me estaba dando el pésame por anticipado.

Luego una gentil enfermera, con estupenda figura y sonrisa perenne, me abordó. Creo que me mostró unas facturas, esperando mi conformidad. Yo asentí y ni siquiera me fijé en el total. ¿Qué importaban unos créditos más o menos?

En poco tiempo había amasado una bonita fortuna gracias, sobre todo y paradójicamente, a mis inversiones mineras en Marte. Mi estancia allí me había cubierto de millones, y también mi estancia en el rojo planeta me había condenado a muerte.

Me encogí de hombros y tomé un ascensor para bajar al aparcamiento de la clínica. Unos años más y mi fortuna se habría multiplicado por tres.

Entré en el soberbio coche. Cerré de un portazo y encendí el motor. Mientras me dirigía a la salida me crucé con un vehículo que entraba. Por un segundo pensé en la posibilidad de darme un buen golpe con él. Pero en seguida me dije que no debía comportarme como un cretino durante los pocos días que me quedaban.

Enfilé la amplia avenida y creo que di unas vueltas sin saber adónde dirigirme.

Entonces pensé en Archie, mi abogado.

Era lo lógico. Un hombre condenado a muerte debía poner sus cosas en orden. Claro que yo no tenía familia a quien dejarle mis posesiones.

Archie vivía en las afueras de la ciudad, en una pequeña y acogedora casita. Era viernes y estaría solo. Mejor. No deseaba encontrarme con su esposa y críos, aquellos terribles niños, pequeños monstruos que no dejaban nunca de gritar y correr por las habitaciones.

Mi abogado, Archie, dejaba de trabajar los viernes al mediodía. Ya era más de la una. Siempre se marchaba a la casita apenas dejaba el bufete en la ciudad. Y su familia no llegaría hasta el atardecer.

Entré en la autopista, colocándome en el carril de menor velocidad. Así tardaría unos diez minutos en llegar hasta la casa de Archie, y tendría tiempo de poner un poco en orden mis ideas. Tenía que llevar ya pensadas y bien meditadas todas las planificaciones, aunque Archie me ayudase a pulirlas legalmente.

Entonces pensé en Maggie, la explosiva pelirroja que había conocido hacía un año y que vivía desde entonces en un apartamento que me costaba un riñón mensualmente.

¿Qué podía hacer con Maggie? Era una buena chica y me había soportado con suma eficacia más tiempo que mis otras amiguitas.

Tenía que acordarme de ella en mis últimas disposiciones. Pero tal vez no volvería a verla, aunque me quedase tiempo. Maggie haría preguntas, yo tendría que decirle la verdad y si existe algo que no soporte es ver llorar a una mujer.

Debería pensar algo. No sé. Tal vez un viaje que me iba a llevar algún tiempo. ¿Otra vez a Marte? Por qué no. Sería lógico. En varias ocasiones le había dicho que algún día iba a tener que darme una vuelta por los yacimientos que mis compañías explotaban en Marte y que me estaban cubriendo de dinero.

Me mordí los labios. Me acordé del Proyecto Verde. Todavía estaba en las mesas de los ingenieros. Proyecto Verde era algo estupendo. Si todo se desarrollaba según las previsiones, en Marte pronto vivirían más de cien millones de seres. Y todo gracias a mis ideas.

Pero culminar tan vasta tarea llevaría más de diez o doce años. Algo demasiado lejano para mí.

Sin darme cuenta había llegado cerca de la casa de Archie. Salí de la autopista y entré en una desviación. El lugar era muy bonito. Las pequeñas casas se mezclaban con el paisaje de forma encantadora, sin perturbarlo de ninguna forma.

Entré en el jardín de Archie y me alegré de ver su coche. El que usaba su escandalosa mujer para transportar a los niños desde la ciudad no estaba por ninguna parte. Magnífico, Archie y yo

estaríamos solos durante unas horas.

Encontré a Archie tumbado bajo el pórtico. A su lado tema un vaso de whisky con hielo. Me vio llegar y se levantó de la silla de un salto, mirándome un poco extrañado.

—Hola —me saludó—. ¿Un trago? ¿Qué haces aquí, Phil?

Estreché su mano y moví afirmativamente la cabeza. Agarré el vaso y tomé un buen trago. Me sentí mejor y dije a Archie que sería lo más conveniente pasar a su despacho.

*

Archie, tal como esperaba, era un buen amigo mío, y la noticia, aunque la esperaba, le sentó muy mal. Se sirvió otro whisky y yo le miré divertido mientras él lo liquidó rápidamente.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó sin atreverse a mirarme a los ojos.

Me encogí de hombros.

—¿Qué puedo hacer? Nada. Esperar. Pero no soy tan cretino como para dejar que las cosas se vayan al infierno.

—Comprendo. Quieres hacer testamento y dejar tus asuntos arreglados.

—Algo hay de eso. Pero también quiero pedir tu consejo respecto a otra cosa.

—Tú dirás.

Me acomodé en el sillón de cuero y le miré fijamente obligándole a que él también me mirase.

—Desde hace tiempo, tal vez unos seis meses, leí algo en una revista especializada. Ya sabes, de esas que recibimos los hombres de negocios. Había en ella un artículo que parecía dirigido a mí. Bueno, tal vez cientos o miles de personas pensaron lo mismo que yo al leerlo. Pero entonces yo pensé que me apuntaba a mí.

Archie arrugó el ceño y se inclinó sobre su mesa, intrigado.

—Sigue —me dijo.

—Se trataba de esa nueva compañía que congela seres humanos.

Inmediatamente, Archie se echó hacia atrás y resopló ruidosamente.

—Por Dios, Phil… —empezó a decir.

Pero yo le contuve con un ademán.

—Déjame seguir y no pienses que estoy loco o pretendo aterrarme a un clavo ardiendo.

—Conozco la compañía de que hablas. Se llama Porvenir en Mañana. Y puedo decirte que pese a contar con las garantías estatales e incluso internacionales, no me gusta nada esa clase de negocios.

—Precisamente quiero que me digas qué garantías son ésas en las

que apoya su campaña de propaganda.

—Bueno, ya sabes que hace unos lustros se rumoreó que algunas gentes se congelaron. Pero generalmente se trataba de preservar para el futuro cadáveres. No congelaban vivos, sino muertos.

—Lo recuerdo. Yo era un crío cuando los periódicos lanzaron el rumor de que un presidente asesinado estaba congelado. Creo que también un conocido productor de cine y otras celebridades.

—Y es cierto. Pero eran cuerpos sin vida. Una estupidez. No es posible devolver a la vida a quienes han muerto. La Porvenir en Mañana ofrece una cosa distinta, algo que no me explico cómo logró convertirse en legal, e incluso amparada por nuestro gobierno y las Naciones Unidas.

—Ahí quiero yo llegar, Archie. ¿Es cierto que todos los gobiernos del mundo han firmado un protocolo en el cual garantizan el mantenimiento de las criptas donde se conserva a los seres congelados?

Archie movió la cabeza un poco molesto.

—Sí, ese acuerdo existe y está refrendado por las NN.UU. Pero debo insistir en que desistas de esa idea. Vamos, sé que en tu juventud leíste demasiadas novelas de SF, pero pensé que ya no perdías el tiempo en ellas.

—No quiero enfadarme contigo, Archie. No olvides que eses hablando con un hombre que le han dado un promedio de vida de seis meses. Entre dos y doce. De un año no pasaré Y creo que ese Connors se ha excedido un poco en el plazo No sé, pero hay algo dentro de mí que me dice que no pesaré de tres meses.

—Ahora estás alterado, pero mañana pensarás que...

—¿Qué pensaré mañana? —dije, empezando a ponerme de mal humor—, ¿Que pueden descubrir en los laboratorios algo que elimine el virus que existe en mi cuerpo?

Archie palideció un poco y yo me apresuré a calmarle:

—Oh, no te asustes. Mi enfermedad no es contagiosa. Es precisa la atmósfera de Marte para que se propague de un cuerpo a otro. Además, mi virus está en un proceso tan avanzado que no puede contagiar a nadie. ¿Es que no lo comprendes. Archie? Yo aquí ya no tengo nada que hacer, pero en el futuro pueden descubrir algo que me salve.

—¿Y —si no es así? No me gusta ser duro contigo, Phil, pero piensa que puedes despertar en ese futuro tan esperanzador para ti y encontrarte con que tu enfermedad no les interesa, que no se han preocupado por ella porque nadie la padece.

Me alcé de hombros.

—Entonces puedo hacer dos cosas. Volverme a dormir o resignarme a morir en un futuro más o menos lejano. Al menos veré

algo inédito. ¿Te imaginas que lo que más lamento es no poder ver culminado el Proyecto Verde?

—¿Ese que convertirá una extensa zona de Marte en un paraíso para la inmigración terrestre?

—¿Qué otro?

—Está bien, Phil. Ya que no puedo hacer nada para hacerte desistir de tus ideas, ¿qué quieres que haga?

—Eso es otra cosa, Archie.

—Te escucho.

Nos servimos otros vasos y yo dije, ahora más animado:

—Es preciso que discutamos ciertos términos. Yo tengo mis dudas, no en la efectividad de la congelación, que dicen es perfecta, sino en garantizar mi existencia dentro de... —me callé y sonreí—. Por cierto, es preciso que elija una fecha adecuada.

—En eso yo no puedo aconsejarte. Deberías consultar con futurólogos, médicos y gentes que crean lo que va a existir dentro de un siglo.

—Entonces reúne tú el mejor equipo para decidir el plazo de mi congelación.

—¿Yo? No sabría...

—¡Escucha, Archie! necesito ayuda, ahora más que nunca, no tengo a nadie más que tú en quien confiar. Te daré una semana para que me lo prepares todo. Quiero decir, que debes adecuar mis negocios para que éstos sigan rindiendo dentro de un siglo o dos. O quizá tres. ¿Qué hay acerca de un hombre que se congela? Quiero decir si puede legar parte de sus bienes.

—Recientemente se aprobó una ley testamentaria al respecto. Precisamente la instalación de un negocio como el Porvenir en Mañana obligó a hacerlo a los legisladores. Parece ser que pronto existirán otras. ¿Quieres hacer entrega de algún dinero a alguien?

—Sí. Se llama Maggie...

—La conozco. Me hablaste de ella. ¿Qué quieres cederle?

—El apartamento, algún dinero y un paquete de acciones.

Archie asintió.

—Me ocuparé de todo. ¿Quieres quedarte a almorzar? Carol no tardará en llegar con los niños y...

Me negué en rotundo, pero delicadamente dije:

—Lo siento, tendrá que ser otro día. Quiero regresar a la ciudad y concertar una cita mañana con los ejecutivos de Porvenir.

—Mañana es sábado y no trabajarán —indicó Archie.

Me eché a reír.

—Ellos trabajan los siete días de la semana. Supondrán que sus clientes no tienen mucho tiempo que perder.

CAPITULO II

Pese a que delante de Archie demostré una seguridad intachable, existían algunas dudas en todos mis planes.

Esa inseguridad me fue parcialmente eliminada después de la entrevista que sostuve con el señor Richardson, un alto ejecutivo de la Porvenir en Mañana. Era un tipo alto y delgado, maneras exquisitas, cuyos gestos parecían medidos al milímetro.

En su acogedor despacho disipó la mayor parte de mis dudas. Cuando tocamos el asunto de la situación de las criptas. Richardson emitió una de sus estereotipadas sonrisas y dijo:

—El lugar donde están las criptas, por llamarlas de algún modo, sólo lo sabrá usted en el momento que esté a punto de entrar en ellas, señor Longer. Le aseguro que ni yo mismo conozco su situación.

—¿Por qué tanto secreto?

—Obviamente, debemos ser precavidos. Sólo el presidente de esta nación y algunos altos cargos de las Naciones Unidas lo saben, además, por supuesto, de científicos de nuestra compañía y cuidadores. Pero todos son personas de elevada confianza. En cuanto al motivo de este secreto, le será fácil comprenderlo.

»Por ejemplo, todavía existen en el mundo grupos terroristas que no dudarían en tomar al asalto el Enclave Z, por cuyo nombre es conocido vulgarmente. ¿Supone la extorsión que nos harían si nos amenazaran con volar las criptas si no accediéramos a sus demandas? Recuerde que los gobiernos del mundo son responsables subsidiarios de la seguridad de nuestros clientes.

Asentí. Pero todavía tenía más preguntas que hacer. Sabía que aquel tipo no perdería la paciencia conmigo, ya que su trabajo era escuchar un montón de majaderías de presuntos clientes.

—Bien, admito que pasarán los años y mi cuerpo no sufrirá daño. ¿Qué garantías tengo de que seré despertado? ¿Será eficaz la resurrección?

Richardson tomó aire antes de responderme:

—Señor Longer, ya tenemos en nuestras criptas algunos clientes. Lamento no poderle detallar el número exacto, porque me está prohibido, pero le confesaré que yo estoy acariciando la idea de congelarme algún día y despertarme en un mundo que confío sea mejor que éste.

»En cuanto a las garantías de que será despertado en la fecha que usted elija, puedo decirle que únicamente no cumpliremos con nuestro contrato en caso de que la Humanidad haya dejado de existir.

—Algunos escritores de SF usaron en muchas ocasiones, como

tema de sus novelas, la hipótesis de que la Humanidad degenerase después de un conflicto mundial.

—Posiblemente en tal caso tampoco sería usted despertado, señor Longer —sonrió Richardson—. Pero, ¿le agradaría resucitar en un mundo tan funesto?

Negué con la cabeza. Aquel tipo tenía salidas para todas las cuestiones que yo le iba planteando, cada vez más despiadadamente.

—De todas formas —siguió diciendo Richardson— puedo garantizarle que usted seguirá intacto en su cripta, alimentado por un equipo calculado para resistir durante mil años, sin la menor intervención humana. Claro que esto no es un consuelo si alguien no detiene su sueño cuando llegue el momento, pero es una especie de garantía. En cuanto a su segunda pregunta, me satisface más contestarla. Usted será despertado y estará exactamente igual que cuando se durmió.

Me dirigió una mirada ceñuda y siguió hablando, pero ahora un poco duramente.

—Usted es aún joven, señor Longer. Puede confiar en mí. Si decide ser cliente nuestro tendrá que decírnoslo cuando rellene el formulario. ¿Puede decirme por qué desea congelarse.

Se lo dije. Todo. Detalladamente.

No se inmutó lo más mínimo ni tampoco empezó con miradas de piedad. Se lo agradecí.

—Quiero advertirle —dijo encendiendo un aromático cigarrillo, después que me ofreció y yo rechacé— que no podemos garantizar que en el futuro que usted elija puedan resolver su problema.

—Lo comprendo. Es lógico.

—Magnífico. Usted es una persona sensata. Estoy seguro de que le tendremos como cliente. ¿Para cuándo sería, en caso de que se decidiera, empezar el proceso de congelación?

—Aún no estoy decidido, pero sería para antes de dos meses. Ahora quiero que me entregue una copia de sus contratos.

—Entiendo. ¿Quiere que lo revise su abogado?

Asentí. Richardson parecía haber leído mis pensamientos. Pero estaría más tranquilo cuando Archie hubiese echado un vistazo a los papeles.

Me entregó una carpeta de plástico, diciendo:

—Aquí los tiene. Me permito advertirle que todas las cláusulas están homologadas por el Tribuna! de La Haya, redactadas por los más notables juristas del mundo y…

Le escuché un rato más y luego regresé a mi apartamento. Allí me encontré con una nota de Maggie. Recordé que debía escribirle una carta un poco afectuosa diciéndole que me había marchado al Pacífico, en donde tomaría una nave hacia Marte próximamente.

Insistiría en la nota que no cometiese la locura de seguirme hasta Australia, porque allí le sería imposible encontrarme.

Deseché la idea de añadir que no se preocupase por el apartamento en que vivía y la asignación mensual. Tal cosa le haría entrar en sospechas. Cuando yo me hubiese dormido, Archie se encargaría de comunicárselo todo. Supongo que al mismo tiempo le diría que su porvenir estaba asegurado y los llantos no serían tan prolongados. Seguro que Maggie iba a tener un dulce recuerdo mío.

Tomé una pastilla para dormir. Me sumergí en un sueño extraño, pensando que al día siguiente sería domingo, un día funesto para mis planes. Me aburría tremendamente en mi apartamento. Tal vez lo dedicase a husmear entre los cajones de mi escritorio, rompiendo papeles y apartando documentos que Archie debería leer antes de destruirlos.

Creo que soñé con extrañas aventuras.

*

Había guardado mis viejas novelas de SF en cajas de cartón. Se lo dije a Archie.

—Te las regalo.

—Nunca me han gustado —me replicó el muy ingrato.

—Las hay muy buenas. Tal vez algún día me lo agradezcas, cuando tengas tiempo de leer. ¿Es que nunca te tomas unas vacaciones?

—Tengo siempre demasiado trabajo arreglando los asuntos de los demás.

—Ya. Y también cobrando sustanciosas minutas. Me pregunto si en el futuro en que despertaré, la sociedad será tan perfecta que no existirán abogados, de lo cual me alegraré mucho.

Noté que Archie me miraba fijamente. Yo levanté los ojos de los viejos libros y enarqué una ceja.

—¿Qué piensas? —pregunté.

—No pareces un hombre condenado a morir —gruñó—. Estás insultantemente eufórico. Creo que incluso te alegras.

—¿De veras?

—Sí. Tu próxima muerte te da la excusa que tu cobardía no se atrevía a buscar para congelarte y despertar dentro de unos años. Creo que si no estuvieras enfermo terminarías suscribiendo el contrato con Porvenir en Mañana.

Negué con la cabeza.

—No, querido Archie, yo no soy el protagonista de Heinlein que busca su puerta al Verano. Simplemente, deseo no morir.

—¿Quién es ese Heinlein?

—Un viejo autor de SF. Oh, el tema de un hombre del presente que de una forma u otra se coloca en su futuro es un tema clásico en las novelas de SF. No es precisa una máquina del tiempo, como ideó Wells, para ir al futuro. Claro que el protagonista de Heinlein no fue por su voluntad al futuro, sino que entre su esposa y un infiel amigo lo enredaron. Pero pudo regresar y vengarse.

—Tú no podrás regresar.

—Posiblemente, no. Claro que tal vez en el futuro donde despertaré ya hayan descubierto la forma de viajar por el tiempo —reí—. No te asustes si algún día me presento ante ti ya curado. No debes pensar en fantasmas, si sucede tal cosa.

—No creo en apariciones. Pero si consigues volver no olvides que tu cuerpo estará congelado en la cripta de Porvenir en Mañana. ¿Sería lógico?

—Ah, las paradojas del tiempo —exclame guardando la última novela y cerrando las tapas de la caja—. Unos autores de SF aseguraban que el tiempo era inalterable, mientras que otros especulaban sobre universos paralelos, creados por interferencias en el pasado.

Me senté en la sala de estar del bufete de Archie, quien de reojo, quizás creyendo que yo no le observaba, miró con desagrado las cajas de cartón llenas de libros viejos. Llenamos las copas con un magnífico coñac, que yo había llevado allí. Actualmente costaba una fortuna, pero estaba dispuesto a dejar pocas pertenencias que estaba seguro mis herederos postizos no iban a disfrutar como yo.

—Dudo mucho que alguna vez exista la posibilidad de viajar a través del tiempo. Confieso, Archie, que pese a mi juvenil pasión por la literatura de SF, siempre me hicieron sonreír las aventuras temporales. Nunca creí en ellas.

—Allá por la década de los setenta, cuando ibas a primaria, supongo que sí tendrías fe en la conquista de los planetas del sistema solar, ¿no? No puedes negar tal cosa, puesto que apenas se puso pie en Marte empezaste a especular con las concesiones mineras.

—Y lo que lamento es irme de aquí tan pronto, no poder ver si algún día el hombre llegará a las estrellas. Pero es algo aún muy remoto. No creo que se consiga llegar a Centauro antes de medio siglo. Incluso ese plazo me parece corto.

Archie dejó su copa y encendió un cigarro.

—Es posible que cuando despiertes los viajes por la Galaxia sean cosa normal.

—Eso confío.

—Por cierto, Phil, ¿has decidido en qué año debes ser despertado?

Asentí.

—Sí. He tenido todo un equipo de lo más original estudiando, con

la ayuda de computadoras, el año exacto en que debo resucitar con un mínimo de garantías para que mi paso por ese futuro no sea fugaz. Quiero decir que no vaya a morirme a causa de mi enfermedad un mes después.

Vi que Archie sostenía el encendedor sin decidirse a volver a encender el cigarro que se le había apagado.

—Será en el 2109. Exactamente el 14 de Marzo, o su equivalente, si es que para entonces han cambiado las denominaciones de los meses.

—Dentro de 123 años —silbó Archie.

—¿Te parece demasiado tiempo?

—Sí. Encontrarás un mundo muy diferente.

—¿Tú crees?

—Desde luego. El avance tecnológico de la Humanidad avanza como una bola de nieve lanzada por una ladera. A cada metro que baja aumenta su tamaño. En menos de noventa años, hemos pasado del planeador a las naves interplanetarias, y del gas a la energía solar.

—Tienes razón. Hace menos de siete años, en plena crisis energética, los escritores de SF empezaron a predecir que el mundo se acabaría, sumido en el caos, en 1984, según una profecía de Orwell. Creo que hasta ellos se alegraron de haberse equivocado —suspiré—. Pero con la llegada y el uso masivo de la energía solar no se han arreglado las cosas para todo el mundo. En el subcontinente asiático siguen muriendo gentes de hambre y todavía perduran tiranos en algunos países. y los que los critican no dudan en comer en su mesa si mientras engullen alimentos les convencen para que sus explotados pueblos lo sigan siendo aún más con la intervención de las multinacionales. ¡Este mundo, pese a todo, sigue siendo algo cochino!

Tragué el resto del coñac. Hubiera tomado otra copa, pero los médicos de Porvenir en Mañana me habían aconsejado que no abusase del alcohol los días previos a mi congelación. Encendí un cigarrillo.

—¿Cuándo será, Phil? —me preguntó Archie mirando a través de la ventana.

—Dentro de cinco días.

—Maggie sigue preguntando por ti.

—Le envié una nota.

—Pues no parece haberle hecho mucho caso.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer estuvo aquí. Me dijo que estuvo en tu apartamento.

—No me encontrará. Estoy viviendo en un hotel. ¿Entonces no se ha creído lo de mi viaje a Marte?

—No.

—Pues no lo entiendo...

—Tal vez tú has hablado en sueños algunas veces. Ella debe sospechar algo de tu enfermedad. Luego ha debido hacer indagaciones y...

—Dudo que haya adivinado lo que voy a hacer.

—Maggie es inteligente, Phil.

—Siempre lo he creído. Es magnífica como mujer. Sabe cocinar y hacerme olvidar problemas en la cama.

—Ella te ama. Y mucho.

—Yo también...

—¡Un momento! Ella merece mejor trato que dejarle algún dinero, la propiedad del apartamento que tú alquilaste para ella y dormir allí cuando te apeteciera. Es algo más que una amiguita. Me consta que ha sido algo más para ti.

—Oh, bueno, Archie. No me atosigues. Tú la conocías antes que yo. Me la presentaste en una fiesta. Lo sé.

—Acababa de salir de la universidad.

Abrí los ojos y debí poner cara de estúpido porque Archie soltó una carcajada.

—Eso es una sorpresa. Nunca me dijo que estaba graduada. ¿Qué ha estudiado?

—Abogacía. Y creo que un par de años de psicología.

—¿Por qué nunca me lo dijo?

—Tú eras un hombre importante, y ella se enamoró como una tonta de ti, hasta el extremo de no dudar en convertirse en tu amante. Todas las amiguitas suelen engañar alguna vez al tipo que las mantiene, ¿no?

—Bueno, siempre sospeché que ella saldría con alguien cuando yo me ausentaba, que tomaría unas copas y... Confieso que nunca me gustó la idea, pero yo tenía que llevar a la práctica mis principios y nunca le pregunté qué hacía cuando yo no estaba.

—Si alguna vez vio a un hombre, fue a mí. Solía venir aquí y contarme algunas cosas porque sabía que yo soy tu mejor amigo. ¿Sabes que una vez la aconsejé que debía dejarte si tú no le pedías que se casara contigo?

—Pues no lo hizo nunca. De sus labios nunca escuché la palabra matrimonio —me rasqué la barbilla. Dios, ¿por qué tenía que enterarme de esas cosas cuando ya era demasiado tarde para rectificar?—. Pobre Maggie. Ahora que lo dices, me doy cuenta de muchas cosas, de multitud de detalles.

—Siempre pensé que eras un poco engreído, y perdona por mi sinceridad.

—No, no te inquietes; tienes razón. Oye, Archie, me gustaría aumentar lo que le dejaré y...

—No la ofendas más, Phil —me gruñó Archie—. Tal vez no debí

decirte nada. Pero si no quieres verla será mejor que no frecuentes los sitios usuales para ti. Te está buscando por toda la ciudad.

Sentí un frío sudor. Me pasé una mano por la frente.

—¿Supones que debería verla, explicárselo todo? —pregunté.

—Eso debes decidirlo tú.

Aspiré hondo y dije:

—Quedan ya sólo cinco días. Lo dejaré todo tal como está.

CAPITULO III

Cada noche me cambié de hotel. Y siempre dormí solo.

No sé qué me pasó durante aquellos días, pero no deseé ninguna compañía femenina. Me pregunté si se debía a la medicación previa que en Porvenir en Mañana me habían recetado.

Hablé una vez con Archie por teléfono. Me aseguró que todos mis asuntos estaban arreglados. Me pidió vernos y yo, después de pensarlo, le dije que no. Odiaba las despedidas.

—Maggie ha estado de nuevo en mi despacho —dijo Archie.

—¿Le dijiste algo?

—No. Pero se lo tendré que decir todo cuando tú estés congelado, ¿no es así? ¿O quieres que rectifique?

Cerré los ojos. Los abrí y miré el auricular. Me alegré de que aquel hotel aún no dispusiera de videófono. No deseaba ni ver la cara de Archie.

—Déjalo todo como convinimos.

—Entonces le diré la verdad, que decidiste congelarte.

—Eso es.

—Phil…

No deseaba prolongar la conversación.

—Adiós, Archie. Gracias por todo y deséame suerte.

Colgué el teléfono. Terminé de vestirme, tomé la pequeña maleta y en recepción pagué mi estancia en el hotel con dinero en efectivo, lo cual hizo que el hombre se sorprendiese un poco. Pagar hoy en día sin una tarjeta de crédito resulta extraño. Añadí una buena propina y salí al exterior. Me quedé un instante parado en la acera. El portero se me acercó y preguntó si quería un taxi.

Aún no había tenido tiempo de negar con la cabeza cuando un hombre, elegantemente vestido, me abordó para preguntarme. aunque por el tono de su voz parecía estar muy seguro de que mi respuesta iba a ser afirmativa.

—¿El señor Longer?

—Sí.

—Por favor, señor Longer. Nos espera un coche.

—¿Le envía el señor Richardson?

—Así es.

Le seguí. Me dejó pasar primero al interior de una colosal berlina con aire acondicionado. Era automática y el hombre, después de presentarse como Smith, ordenó el destino.

Iríamos al aeropuerto.

Así empezó mi relación más profunda, y definitiva ya, con la

compañía Porvenir en Mañana.

A partir de entonces todo sucedió vertiginosamente. Algunas cosas me resultan nebulosas en la mente.

Smith, posiblemente no sería su verdadero nombre, me aconsejó que ingiriese unas píldoras pequeñas y azules. Me dijo que me tranquilizarían.

Creo que hicieron algo más que calmar mis nervios.

Esas píldoras me convirtieron en una especie de autómata. que sonreía de vez en cuando, y sonreía cuando la azafata del avión me servía la comida o un refresco.

No pude darme cuenta de cuál era el destino del avión. Aterrizamos algún tiempo más tarde, me metieron en otro coche, en un helicóptero, y otra vez en un coche.

Un árido desierto nos rodeó, me entró sueño y me dormí en el coche. Desperté en una sala agradable, con algunos hombres alrededor mío, que me sonreían y decían palabras amables.

Ya estaba en el Enclave Z, seguramente.

Dentro de mi estado de idiotez, escuché:

—Señor Longer, no se inquiete para nada. Le hemos sometido a un estado de ligera euforia. Es lo más aconsejable para nuestros clientes. Dentro de poco comenzará el verdadero proceso. Relájese.

Me relajé.

Luego fue una sucesión de pasillos, gentes, enfermeras y siempre en un clima confortable.

*

Uno a veces sueña una dilatada experiencia en una corta fracción de tiempo o padece una interminable pesadilla, de cortísima acción, en toda una noche. El tiempo del sueño es subjetivo e imposible de medir.

¿Alguna vez ha soñado algo agradable y no deseaba despertar? ¿También han sufrido y han padecido una enormidad antes de conseguir despertar?

Creo que sólo se puede soñar durmiendo. Es decir, viviendo. Congelarse es morir un poco, aunque los impulsos vitales del congelado estén siempre dispuestos a regresar al normal funcionamiento.

Supongo que antes de que mis funciones vitales cesasen por completo, estuve un lapso de tiempo vivo, durmiendo y soñando.

Entonces pensé.

Repasé mi vida, los últimos momentos de mi existencia, los intensos preparativos, las charlas con Archie, el recuerdo de Maggie y… ¡Oh, Maggie, querida! Me había portado cochinamente contigo.

¿Qué ibas a hacer tú cuando mi abogado y amigo te dijese que yo estaba en algún lugar secreto, convertido en un témpano, esperando que llegase el año 2109 para despertar, ser descongelado?

Bueno, eso si todas las previsiones se cumplían y existían gentes cerca de mí que detuviesen las máquinas. Tal vez el mundo podía haber acabado entonces y yo seguiría congelado hasta transcurridos mil años, a no ser que también las instalaciones fallasen y me pudriese.

Por mi mente pasaron las diversas reuniones que sostuve con el señor Richardson, sus largas explicaciones, el estudio que Archie hizo del contrato, que le pareció demasiado perfecto y por tal cosa, como buen picapleitos, receló.

El acto de estampar mi firma al pie de los papeles estaba bien nítido en mis recuerdos. Entonces Richardson, sonriendo. me estrechó la mano y creo que hasta me felicitó. Pero en realidad no entendí bien lo que dijo.

El sueño, plagado de recuerdos, esperanzas y temores, se dilató.

Fue aletargándose, aminorando su velocidad.

Entonces dejé de soñar.

Debí estar en proceso de congelamiento.

¿Qué me habían hecho?

Seguramente me sacaron la sangre, me inyectaron un montón de drogas y la temperatura bajó a mi alrededor hasta... ¿Qué temperatura me dijo Richardson que usaban? Maldita sea. no lo recuerdo.

Siempre había temido sentir frío.

Me horrorizaba el frío.

Y a nadie había confiado mi uterino temor, ancestral.

Seguramente habría resultado ridículo.

*

Fue más o menos como cuando uno ha corrido una juerga y el mayordomo tiene que hacer ímprobos esfuerzos para despertarle porque debe estar dispuesto, nítido y ágil, para una importante reunión de negocios que debe celebrarse a mediodía.

Y a uno le zumban los oídos y cualquier golpecito de nada le parece la explosión de un misil sobre Nueva York. Y entonces odia a todo el mundo y sólo desea proseguir el sueño.

No hubo zarandeos ni nada brusco.

Pero el rostro que vi primero no tenía nada de amable. Eché en falta las sonrientes expresiones de los que me recibieron en el Enclave Z. ¿Dónde estaban aquellas amabilidades?

—¿Cómo se encuentra?

La voz me sonó lejana, como a mil kilómetros.

Apareció en mi campo de visión otra persona. Se trataba de una mujer. Llevaba un casco de plástico pegado al cráneo. Sus labios delgados se movieron. Dijo algo al hombre que no entendí. Hablaba en susurros. ¿O es que mis oídos no estaban aún a punto?

¿Qué se siente cuando han transcurrido más de cien años? ¡Qué sé yo! Es como después de una pesada siesta. Uno no sabe si ha dormido media hora o medio día. Yo no sabía si había pasado una semana o un siglo.

Mi mente no coordinaba, pero por un instante, fugazmente, pensé que algo podía haber salido mal y me habían descongelado al día siguiente.

Conseguí mover la cabeza. No. Al menos no estaba en el último lugar que recordaba. Me habían dormido, previamente a la congelación, en una sala azul. Ahora estaba en una de color verde claro.

La mujer vestía una bata distinta, amarilla. El hombre llevaba una chaqueta ajustada de color rojizo. Ella parecía mandar allí.

—Todo correcto, Urfo —dijo la mujer. Se quitó el casquete de plástico y apareció un pelo blanquecino, muy corto.

Sabía que era mujer porque a pesar de su delgadez se notaban sus pechos, pequeños, casi infantiles.

—Puedes llevarlo a la habitación. ¡Demonios, estoy cansada!

—¿Cuántos han sido hoy, doctora Karlson?

—Doce con éste. Se llama Longer, ya sabes quién es, Urfo.

—Ah, ya. Es especial, ¿no?

—Muy especial.

La vi alejarse, en medio de la neblina que existía delante de mis ojos.

Mientras el llamado Urfo me conducía en la camilla por un pasillo cegadoramente iluminado, comprendí que habían hablado en un idioma eminentemente inglés, aunque con algunas palabras nuevas, tal vez adoptadas del español. Me alegré de no tener muchas dificultades en entenderlos.

Carraspeé y abrí la boca. Detrás de mí, la voz de Urfo me dijo:

—No hable. Aún no está bien. Debe descansar ahora un poco.

¿Descansar? Si no había habido algún error, yo había estado tendido 123 años. ¿Cómo iba a estar cansado?

Debí decir algo, que a Urfo pudo parecerle una estupidez, porque escuché su risa corta y grave.

—Ahora es cuando realmente necesita descanso. Un descanso natural. Le instalaré en una habitación y dentro de unas horas le visitará la doctora Karlson. No se inquiete, señor Longer. Aún tiene dos días de estancia pagados.

Me dejó solo.

Era una habitación no muy grande. Al poco tiempo, la luz se apagó y yo permanecí a oscuras. Me dormí un rato y cuando desperté me encontré mucho mejor.

Entonces me di cuenta de que la luz había vuelto.

Se abrió una puerta y entró la llamada doctora Karlson.

Se plantó delante de mi cama.

—Levántese —dijo.

Había parecido su palabra una orden, más que una petición.

¿Cómo sabía ella que yo podía incorporarme por mis propios medios?

Pero lo intenté y me vi sentado en la cama. La sábana, se deslizó por mi cuerpo y la recogí de inmediato al percatarme de que estaba desnudo.

Ella emitió una sonrisa burlona.

—Vamos, sígame. Detrás de la puerta tiene una bata. Póngasela si le da vergüenza ir desnudo. ¡Ah! y también encontrará unas zapatillas. Dese prisa.

Encontré la bata y las zapatillas y la seguí.

Mis piernas flojeaban un poco, pero conseguí caminar decentemente.

Demonio, pensaba continuamente, no era aquél el recibimiento que había esperado.

¿Pero realmente había concebido un recibimiento lleno de clamores y aplausos?

—¿En qué año estamos? —pregunté.

—En el que usted eligió.

No pude hacer una nueva pregunta.

La mujer se había detenido delante de una puerta, que se abrió al acercarnos nosotros. Me hizo pasar a una habitación circular, llena de brillante luz. Al fondo había una amplia cristalera, y delante una mesa oval.

El hombre sentado al lado se incorporó y avanzó unos pasos hacia mí.

—Señor Longer, la Corporación ha cumplido con lo estipulado. Usted fue despertado el 14 de Marzo de 2109. Hace tres días.

No me importó que hubiera pasado tres días en un estado que no podría definir. Sentí un áspero nudo en la garganta y no supe qué decir.

Pero aquel hombre me miraba fijamente. En sus ojos no había ninguna chispa de amistad.

—¿La Corporación? Esto se llama Porvenir en Mañana...

—Sí, creo que ése fue el nombre de la primitiva compañía. La Corporación fue creada cuando se prohibieron las congelaciones, hace

medio siglo.

—¿Por qué se prohibieron?

—Siéntese si lo desea —dijo el hombre, haciéndolo él en su sillón. Me llamo Brunner, y soy director adjunto de la delegación de la Corporación en Utah.

—¿Estamos en Utah? —pregunté.

—¿No sabía dónde estaba situado el Enclave Z? —me preguntó extrañado.

—Al comienzo de las congelaciones, la compañía mantenía en secreto la situación de las criptas, señor Brunner —explicó la doctora apoyándose sobre la mesa.

—Usted es de los primeros, señor Longer. Bien, ya está donde quería.

—Brunner tomó una lámina de plástico de encima de la mesa y la introdujo en una ranura. Una parte de la superficie se iluminó y él pareció leer algo que allí dentro se le mostraba—. Philippe Longer, cuarenta y un años cuando fue congelado; soltero y millonario en su época. ¿Qué problemas tenía, señor Longer?

—¿No lo dice ese informe? —pregunté un poco cansado mentalmente.

—Más abajó, señor Brunner —dijo la doctora—. Padece una enfermedad incurable en su tiempo.

Sentí un escalofrío. Ahora iba a llegar el momento de saber si había valido la pena todo.

Me volví para mirar a la doctora. Ansiosamente, le pegunté:

—¿.Se puede curar ya, señora? ¿Sabe de qué se trata?

Ella se encogió de hombros.

—No estoy especializada en enfermedades antiguas —respondió secamente.

—Entonces tengo que enterarme enseguida. No dispongo de mucho tiempo.

—Ese es su problema —dijo Brunner, tendiéndome un pliego de color verde. Señaló un sitio con su índice—. Firme aquí.

—¿Qué es esto?

—La Corporación Mundial ha cumplido con el compromiso de la extinta compañía Porvenir en Mañana. En este documento reconoce usted que se ha llevado a su término lógico lo estipulado en el contrato.

Tomé una especie de bolígrafo y miré la lámina. La letra menuda y apretada me bailó en los ojos. El índice de Brunner seguía insistiendo en que firmase.

Le miré furioso.

—No quiero firmar. Antes debo saber lo que contiene este documento. No me gusta nada lo que está pasando aquí.

—¿Qué presumía usted, señor Longer? Quiero decir, ¿qué esperaba usted encontrarse al despertar? ¿Entusiasmo, flores y música? Vamos, firme y terminemos. No tengo mucho tiempo. No es usted el único que descongelamos diariamente —gruñó y agregó—: Afortunadamente, esto se terminará algún día. No quedan ya muchos en las criptas.

—¿Es que se acabaron las congelaciones? ¿Por qué?

—Firme aquí, salga y averígüelo.

Tiré sobre la mesa el bolígrafo. Negué con fuerza con la cabeza.

Brunner se alzó de hombros.

—Bueno, es igual. Firmarán dos testigos en su lugar. Es lo mínimo que exige la Ley Mundial. Puede marcharse.

Me levanté y reprimí mis deseos de golpear a aquel tipo.

—Por favor, llévame a mi habitación. No recuerdo el camino —pedí a la doctora.

—¿Su habitación? —sonrió ella, divertida—. Le llevaré a recepción. Allí le entregarán sus ropas.

La miré confuso. Ella aumentó su sonrisa irónica.

—¿Cree que esto es un hotel? Nada de eso, amigo. Tiene que salir del Enclave hoy. Ahora mismo. Sígame.

CAPITULO IV

En recepción un hombre, que tal vez fuese el llamado Smith o su descendiente, me entregó unos pantalones, una camisa y unos zapatos. Me dijo que me vistiese en una habitación adjunta. Mecánicamente lo hice. Al otro lado de la puerta, escuché un rumor de conversación entre el recepcionista y la doctora, mezclada con risitas que me exasperaban.

Descubrí un espejo y me miré. El mismo rostro de siempre. Entonces, asombrado, me pasé la mano por la cara. No tenía el menor rastro de barba. Más adelante me enteraría de que me la depilaron para siempre.

La ropa era suave y los zapatos me estaban un poco grandes. Bueno, mejor que lo contrario.

De nuevo delante del mostrador de recepción, el hombre me puso encima una cajita de plástico. No vi a la doctora.

—Son sus pertenencias. Y también está lo estipulado.

—¿Lo estipulado?

—Sí, lo que la ley Mundial exige que se le entregue a los durmientes —el hombre bostezó y se retiró al fondo, a mirar una esfera donde surgían imágenes y sonidos.

Abrí la caja. Allí estaba mi reloj de oro. Pero no funcionaba. Lo guardé porque pensé que el oro seguiría siendo un metal precioso. Algunas monedas de níquel, seguramente las que llevaba en el bolsillo cuando me llevaron al Enclave. Mi cartera de piel, que crujió al intentar abrirla. Los plásticos de mis tarjetas de crédito y otros papeles parecían haberse fundido. No me iba a servir de nada. Un pañuelo amarillento, que también deseché. El encendedor electrónico, de acero, estaba oxidado. ¿Por qué me guardaron aquellas cosas? Miré dentro de una bolsa de plástico. No recordé nada más que llevase. Dentro de la bolsa había un rectángulo de plástico azul con los números 00342 y una letra zeta.

Me llamaron la atención unas láminas de metal que podían dividirse en pequeños rectángulos. Cada uno tenía una denominación. ¿Dinero actual? Un pentágono de plástico grueso y duro completaba el contenido de la bolsa.

—Eh, amigo, ¿por qué no me dice para qué sirven estas cosas? —dije al recepcionista.

El hombre volvió un poco la cabeza, se levantó de mala gana y se puso frente a mí.

—Ah, olvidaba que tiene correo temporal.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando me tendió una carta de papel.

—Lleva aquí más de un siglo, esperándole.

—No puede ser. Está nueva. El papel...

—El correo temporal lo guardamos en un recinto especial. El papel allí no puede deteriorarse —rió—. El correo todavía funciona, ¿sabe?

La guardé en un bolsillo del pantalón. Insistí en que me explicase lo que significaba el contenido de la bolsa.

—Yo soy recepcionista, no informador —señaló al fondo del vestíbulo—. Mire, señor. Cuando usted ponga su pulgar sobre la caja, reconociendo que le entregué sus pertenencias, puede seguir ese camino y salir. Me están avisando que llega otro durmiente.

—Me gustaría esperarle...

—No puede ser. Lo impiden las normas. Ningún recién descongelado puede ver a otro. Ea, vamos, pórtese bien y no me haga llamar a nadie para que le ponga al otro lado.

Miré la salida con cierto temor. Enfrentarse a un mundo extraño no era halagüeño. Protesté.

—Pero yo tengo que ser informado. ¿Qué hay al otro lado? —recordé una novela en la que el protagonista sale del recinto, después de viajar al futuro, y se enfrenta a un mundo muerto.

—Una ciudad. Creo que cuando usted se durmió alrededor del Enclave sólo había desierto, pero la ciudad creció y ahora estamos rodeados de ella. Vamos, el aire sigue siendo respirable. si es lo que teme. Pero tenga cuidado, amigo. Y soltó una odiosa carcajada.

Recogí lo único que tenía algo de valor y salí.

*

Crucé un amplio jardín. El sendero me condujo hasta una puerta de acero que se abrió silenciosamente ante mí, seguramente controlada a distancia por el mismo ocioso recepcionista.

Debía ser por la tarde. Mi primera tarde en el siglo XXII.

No estaba resultando como yo me había imaginado. Desde luego, no había esperado un recibimiento multitudinario ni que el alcalde me entregase las llaves de oro de la ciudad. Era de esperar que otros muchos antes que yo se hubieran despertado, y que la vuelta al mundo de los congelados debiera de ser algo habitual.

Pero no había podido suponer que por alguna extraña ley desde hacía más de medio siglo se había prohibido a nivel mundial hacer nuevas congelaciones. ¿Por qué?

Al parecer, el mundo no había perecido en un holocausto nuclear. Y si así había sucedido, había tenido tiempo suficiente para recuperarse. Y tal como aseguró el señor Richardson, las criptas no habían sufrido nada. Pero ahora estaban rodeadas por una ciudad. ¿Cuál? Empecé a recordar las más importantes del estado de Utah.

No, no podía tratarse de ninguna importante si Enclave Z estaba en el desierto. Bueno, quiero decir que estuvo.

Lo que vi apenas franqueé la verja fue una amplia avenida.

Observé el mundo del futuro, que ahora era mi presente.

Era una avenida que se perdía a izquierda y derecha, repleta de larguísimos vehículos que se deslizaban en ambas direcciones en monorraíl. Vaya, pensé decepcionado. No era nada original aquel medio de transporte.

Al alzar la vista descubrí un nivel más alto, sobre el que se movían vehículos pequeños.

Al otro lado de la avenida vi gente. Miles de personas que caminaban muy deprisa, como si corriesen. Luego sabría que lo hacían sobre cintas rodantes sobre las aceras.

Para cruzar al otro lado de la avenida usé un paso subterráneo.

Me crucé con los primeros seres de aquel tiempo.

No sé qué había pensado, pero no vi ninguna diferencia notable. Tal vez las mujeres vestían con menos ropas y 1os hombres parecían más coquetos. Claro que también había algunas personas que no supe si pertenecían a un sexo u otro.

Contuve mis deseos de parar a alguien y hacerle preguntas, gritarle que acababa de llegar del siglo XX, de final del siglo XX.

Hubiera sido una tontería, pensé entonces, y luego me alegré de no haberlo hecho. Hubiera sido el mayor error de mi vida.

Paseé mucho tiempo por las aceras, cambiando de una dirección a otra, mirando los escaparates y las entradas de extraños establecimientos inundados de luz, de anuncios escandalosos y a veces incomprensibles para mí.

Misteriosamente, no tenía hambre ni sed, por el momento.

La cinta me dejó en una amplia plaza, quizá un centro comercial. Allí la gente caminaba un poco más sosegada. Empecé a ver los primeros niños, siempre acompañados de sus padres, que los agarraban celosamente.

Me preguntaba si el alcohol seguiría estando permitido cuando emití una silenciosa maldición contra la doctora Karlson, el señor Brunner y el recepcionista. ¿Por qué no daban unos folletos explicativos a los que despertaban? Era lo menos que podían hacer.

Eché un vistazo, tratando de localizar alguna especie de bar.

Entonces escuché gritos, carreras y la gente se apartaba, dejando un amplio pasillo a lo largo de la plaza.

Alguien pasó corriendo cerca de mí. Era un hombre algo corpulento. Tuve tiempo de verle muy pálido. Una pierna se adelantó y le puso una zancadilla. El hombre cayó, se levantó de nuevo y trató de seguir corriendo.

Meneé la cabeza. Vaya, en aquel tiempo seguían existiendo los

ladrones. Seguramente había robado y…

Sonó un disparo y mis pensamientos quedaron rotos. Y juego sentí una sensación horrible cuando vi que el hombre grueso era alcanzado en la espalda. Cayó, rodó y luego dos disparos más le dejaron totalmente inmóvil.

Aquello era demasiado brutal. Esperé la aparición de la policía. Tenía curiosidad por ver cómo era la policía de la ciudad.

Pero los que corrieron hacia el hombre caído fueron dos jóvenes. Uno era una chica, que rió fuertemente cuando con el pie dio la vuelta al caído y exclamó:

—Está frito, le di yo, Mike.

Su compañero parecía algo disgustado.

—Sí, pero yo le descubrí.

Se formó un corro de curiosos y me abrí paso para ver lo que sucedía.

—¿Cómo fue, chicos? —preguntó alguien.

—Es nuevecito —rió el chico—. Salió hoy, seguramente. El muy imbécil se nos presentó muy orgulloso, diciendo de dónde salía.

—Si permitieran que los esperásemos… —añadió la voz de una mujer mayor—. Pero esas disposiciones… No. nos dejan esperarles. Debían ponerles una marca en la frente, no?

—¡Bah!, es igual —exclamó la chica, dando saltos de alegría alrededor del cadáver mientras yo me preguntaba qué esperaba la policía para presentarse allí.

Escuché un ruido sordo. Un vehículo, una especie de helicóptero, nos sobrevolaba. Tal vez fuese la policía, que llegaba.

—Se perdería cierto encanto.

—Algunos resisten bastante tiempo.

—Pero siempre terminan descubriéndose.

—Casi todos caen el primer día, cometen errores.

—Porque gritan de dónde vienen.

Rieron algunos. El helicóptero bajó y dos hombres y dos mujeres uniformados de verde se abrieron paso valiéndose de sus porras.

—¿Quién lo hizo? —preguntó un agente.

La pareja se mostró orgullosa cuando se presentó ante los policías.

Estupefacto, presencié cómo el policía se limitaba a preguntarles los nombres, mientras los otros se inclinaban sobre el caído. Una agente encendió una lámpara que enfocó al rostro del desdichado, se volvió y asintió, diciendo:

—No hay duda, es uno de ellos. Asunto concluido.

La chica, guardando su arma, gritó indignada:

—¡Claro que lo es! Mike y yo no nos equivocamos nunca. Es nuestro cuarto ejemplar.

La gente murmuró. ¿De admiración ante la marca? ¿Cuatro

ejemplares?

Una mujer comentó con disgusto:

—Deberíamos tener esas lámparas para identificarlos.

Un hombre le susurró al oído:

—He escuchado que alguien las vende en el mercado negro, ya sabe que están prohibidas. Sólo la policía puede usarlas.

—Es natural. Esos miserables deben tener, al menos, una oportunidad, ¿no?

—¡No se lo merecen! ¡Ni una oportunidad! —exclamó un hombre a mi lado. Me miró—: ¿No está de acuerdo conmigo, amigo?

Asentí. No me atreví a hacer otra cosa.

—Es un cochino Llegado —añadió el hombre, sacando un cigarro y encendiéndolo ante mis narices. Me volví loco con el humo, pero no quise pedirle un cigarrillo. No sabía cómo hubiese reaccionado.

En aquel mundo extraño debía tener cuidado.

Mi prudencia me salvó la vida, porque alguien decía a otro:

—Pues es el segundo descongelado que veo abatir esta semana, chico. Dicen que todavía están despertando en esta ciudad un promedio de veinte diarios. ¡Pronto se terminará la caza a este paso! —concluyó riendo.

Los asesinos —para mí no eran otra cosa— fueron invitados a subir al helicóptero. Dos policías guardaron el cadáver en una gran bolsa de plástico y lo metieron en la parte posterior sin ninguna clase de miramiento.

La gente fue alejándose de allí. Cuando el vehículo rugió elevándose parecía como si no hubiese sucedido nada. Sólo quedaba en el suelo una mancha de sangre.

Me alejé de allí, sudando y lleno de miedo.

Empecé a tener hambre y sed. Y no sabía qué hacer para comer y beber. En mi mente martilleaba una advertencia: ten cuidado; cualquier desliz puede significar la muerte para ti. No dejes que sepan que eres un Llegado.

Un Llegado. ¿Así nos llamaba la gente del siglo XXII?

¿Por qué mataban a los descongelados como si de un cruel deporte se tratase, ante la mirada impasible de la policía?

Recordaba los trozos de conversación que escuché. Los cazaban casi en el primer día de estancia. No tenían salvación ninguna. Y los odiaban. ¿Por qué?

Aquello no tenía ninguna lógica. ¿Por qué no esperaban delante del Enclave a que fueran saliendo para irlos matando a balazos?

Y sobre todo, ¿para qué nos despertaban si la muerte nos aguardaba al otro lado del recinto? ¿No sería más fácil desconectar las criptas y dejar que nuestros cuerpos se pudriesen sin tomarse la molestia de devolvernos a la vida?

Me pasé la mano por la cara. Estaba sudando. Me detuve en una esquina, sin decidirme a abordar una cinta rodante. ¿Adónde ir? Observé que un tipo me miraba con cierta insistencia. Luego reanudó su marcha y se quedó un instante curioseando un escaparate. Pero yo sabía que me observaba a través del reflejo del cristal.

Apreté el paso, mezclándome con la multitud que ahora me horrorizaba. Cualquiera de ellos podía descubrirme. ¿No dijo alguien que esas lámparas que la policía usaba para identificar a los Llegados las vendían ahora en el mercado negro? ¿Qué veía la policía en nosotros, los Llegados?

Las calles estaban atestadas. Era ya de noche y ya me sentía terriblemente cansado, sin saber adónde ir, desorientado.

Al meter la mano en los bolsillos del pantalón toqué el reloj de oro, inservible, y la bolsita de plástico con los objetos que aquel miserable recepcionista no había querido decirme para qué servían.

Las viejas monedas tintinearon. Recordé una vieja novela en la que el protagonista conseguía salir del paso en el futuro vendiendo las monedas que llevaba a coleccionistas. Sonreí con sorna. No parecía tan fácil. Mostrar aquellas piezas podía significar ser identificado como un Llegado. Además, tampoco sabía si existiría algún establecimiento de antigüedades, ni qué precio pedir para no llamar la atención. ¡Demonios, no tenía ni idea de qué clase de dinero usaban!

Me había detenido delante de la brillante entrada de un establecimiento lleno de gente. Atisbé un poco. Parecía un restaurante, un autoservicio de comida. Tragué saliva y entré.

Si estudiaba a los parroquianos tal vez evitase cometer un error. Quizá en aquel tiempo la comida fuese gratis... No sabía ya a qué atenerme.

El local no se diferenciaba mucho de los comedores automáticos de mi época. La gente manipulaba en unos botones y sacaba comida, que llevaba hasta unos mostradores, se sentaban y comían. Otros salían y se quitaban el apetito mientras caminaban.

De una máquina, una chica sacaba un emparedado. Ella había introducido algo en una ranura. Era como un rectángulo de plástico. Tuve una intuición y saqué la bolsita. La lámina ranurada era dinero, según parecía. Arranque una porción y me quedé mirándola. Estaba solo delante de la máquina y noté que alguien me empujaba.

—Sí —me dijo una voz desde detrás de mí—. Con esa ficha puede obtener comida, amigo.

Era un hombre, pero no me atreví a mirarle. Asentí y metí la ficha.

Pulsé el botón y obtuve un emparedado. Estaba caliente y me alejé apresuradamente. Al salir del local, giré un poco la cabeza.

El hombre que me había hablado era el mismo que yo había



creído que me estaba siguiendo desde hacía un buen rato.

CAPITULO V

Me alejé de allí casi corriendo.

Cuando consideré que estaba lejos del local de comidas, me detuve. Jadeaba. Recuperé el aliento y caminé unos metros antes de decidirme a comer el bocadillo. Ya estaba frío, pero la carne era tierna, aunque un poco sosa. Lo terminé en seguida. Me sentí mejor, pero la sed aumentó.

Entonces me quedé quieto, perplejo. ¿Qué estaba pasando?

Me encontraba en una calle desierta. ¿Dónde estaba la gente?

Corrí hacia la próxima esquina y tampoco vi a nadie. Incluso las luces eran ahora más tenues. Al fondo había una avenida, con aceras rodantes. Con dificultad observé algunas personas, muy pocas. Los grandes transportes colectivos iban atestados y sobre mi cabeza las vías para coches privados estaban saturadas.

Tuve la sensación de que la gente corría a meterse en sus casas.

La más terrible angustia se apoderó de mí. Escuché pasos. Una pareja se aproximaba desde el fondo de la desierta calle. Se detuvieron y cuchichearon entre sí. ¿Cazadores de recién llegados a aquel maldito siglo?

Los dos desconocidos se separaron y siguieron caminando hacia mí. Empecé a retroceder y ellos aligeraron el paso. No había duda de que me buscaban. Pero daban muestras de no estar muy seguros si yo era un Llegado.

Quizá mi comportamiento les había infundido dudas y querían asegurarse antes de disparar.

Porque, pese a la distancia que aún nos separaba, constaté que estaban armados.

No lo dudé más y eché a correr. Entonces me gritaron y escuché un disparo.

La bala rebotó en el suelo apenas a un metro de mí, silbó y se perdió.

Al doblar una esquina observé que se separaban. Cada uno tomaba una dirección distinta. Debían conocer la ciudad y esperaban cerrarme el camino de la huida.

Aquellas terribles calles estaban desiertas, casi sumidas ahora en la oscuridad. Yo corría sin mirar por dónde iba. Sólo quería alejarme de aquellos asesinos.

Vi salir una sombra y torcí por una bocacalle lateral. Escuché:

—¡Quieto, no sigas! Detente, Phil.

Sólo cuando estuve muy lejos comprendí que me había llamado por mi nombre. Me detuve. Jadeante, con el corazón a punto de

estallar, miré hacia atrás. Parecía ser una mujer quien me había gritado. No conseguía verla bien, pero uno de los perseguidores apareció y ella le disparó. El hombre cayó hacia atrás lanzando un grito. Su compañero no tardó en aparecer y estaba levantando su arma cuando la mujer volvió a disparar. Lo hizo dos veces y lo tumbó.

Demonios, pensé que se me estaban disputando.

—¡No huyas! —me gritó la mujer, y su grito fue repetido cientos de veces a causa del eco.

Pero yo corrí. Desesperadamente, corrí. Y en medio de una especie de rumor de catarata, escuché que me llamaban por mi nombre.

No supe cuánto tiempo estuve huyendo por aquellas callejuelas. Volvía a entrar en las avenidas. Las aceras rodantes estaban quietas y no se veía un solo peatón. El tráfico público también había disminuido.

Me senté en unos escalones. Estaba agotado. Tanto que cuando escuché pisadas cerré los ojos, esperando el tiro definitivo que pusiera fin a mis sufrimientos.

—¿Algún contratiempo, señor?

Era una voz matizada de amabilidad. Abrí los ojos y alcé la cara.

Delante de mí tenía al hombre que me había hablado en el local de comidas y que al parecer me había estado siguiendo todo el día desde que salí del Enclave Z.

Tenía las manos fuera del gabán. No vi ningún arma. Me sonreía.

—Debe relajarse, señor —dijo el hombre—. Y confiar en mí.

Jadeé. Me levanté. Sabía que no tenía fuerzas para seguir huyendo. Pero aquel hombre no parecía ser un enemigo mío. De todas formas, me miraba como si supiera quién era yo en realidad.

—¿Qué desea de mi? —pregunté.

—Ahí al lado tengo un aerocar. Debe acompañarme. Por favor, hágalo. Está llegando la hora y usted no sabe en qué se convertirá la ciudad.

El individuo, con sus palabras, me decía que sabía que yo era un Llegado.

—¿Convertirse? ¿Qué pasará? —pregunté.

—Se lo explicaré más tarde —me hizo un gesto, indicando una escalera que conducía hasta las plataformas superiores—. Lo siento, pero ya no funcionan los ascensores. Tendrá que caminar un poco. Dese prisa. A mí no me agradará quedarme aquí. Ah, quienes le atacaron no eran buscadores de Llegados, sino simples aventureros un poco impacientes, que se anticiparon a la hora.

Le seguí. Ascender los peldaños significó un terrible momento. Las rodillas me dolían así como todos los huesos.

Había un aerodinámico coche aparcado cerca de las pistas. El hombre abrió las puertas y él se sentó delante del volante, y yo lo hice

a su lado.

El coche se puso en marcha silenciosamente y se sumergió en el cada vez más escaso tráfico privado.

Cerré los ojos y dormité un poco.

Desperté cuando oí decir al hombre:

—Me llamo Lot Sanders, señor Longer.

—¿Cómo sabe mi nombre?

El sonrió, sin dejar de mirar las pistas.

—Sabíamos que usted sería despertado hoy y le estaba esperando.

—¿Para matarme?

—No sea inconsciente, señor Longer. Desde hace dos horas le he estado siguiendo, observándole. En realidad, le cuidaba. No hubiera permitido que usted cometiese un error, descubriéndose.

—Entonces me ha estado siguiendo desde que salí del Enclave?

Sanders soltó una pequeña risa que me puso un poco nervioso.

—¿Es que no sabe que nadie conoce exactamente dónde está el Enclave? Si así fuera, estarían fuera, esperando que salieran los Llegados, un ejército de cazadores. Sólo la Corporación lo sabe, y desde luego sus miembros; pero éstos no pueden hablar porque están acondicionados para no revelar nada, aunque quisieran hacerlo.

—¿Cómo me ha descubierto, entonces? Es muy difícil en medio de tanta gente.

Sanders se acercó a mí. Señaló sus ojos. Noté que brillaban de forma extraña.

—Llevo lentillas especiales con las cuales puedo descubrir a los Llegados y leer sus números,

—¿Cómo las lámparas que usa la policía?

—Mis lentillas son más perfectas y menos llamativas. ¿Sabe que hoy he descubierto a cuatro Llegados, incluyéndole a usted? Por cierto, ese desdichado que mataron en la plaza lo descubrí cinco horas antes, antes de que lo localizaran esos jovenzuelos.

—Pero... la ciudad es inmensa. Aún no me explico cómo ha podido descubrirme apenas una hora después de salir yo.

—Bueno, aunque no sepamos exactamente la situación del Enclave Z, sí hemos conseguido saber el barrio donde se encuentra. Así, hemos reducido la extensión de esta zona de la ciudad a una décima parte. Somos más de doce personas las que hemos estado esperándole, señor Longer.

—¿Por qué?

—Lo sabrá pronto. De momento creo que debe estarme agradecido por haberle sacado de las calles.

—Dijo que serían peligrosas. ¿Más que antes, llenas de cazadores?

—Es diferente, señor Longer. Ahora los que transitan por calles y avenidas serán cazadores y presas al mismo tiempo. ¡Comienza el

deporte mundial!

No me dio tiempo a preguntarle nada más. El coche se había metido dentro de un túnel y creo que nos detuvimos en un aparcamiento subterráneo. Cruzamos una doble puerta. En hombre armado nos miró al otro lado de un grueso cristal. que supuse seria a prueba de balas.

—No se alarme —me explicó Sanders al notar mi expresión temerosa—. Es el vigilante. De noche los edificios deben extremar las precauciones desde que la última ley Mundial permitió el allanamiento de morada durante las Horas Negras.

—¿Qué es eso de Horas Negras? ¿Tiene algo que ver con el peligro de la ciudad al anochecer?

Sanders había detenido el coche y me invitó a bajar. Mientras nos dirigíamos a los ascensores, dijo:

—Un poco de paciencia, señor Longer. Creo que el señor Mein tendrá mucho gusto en saciar su curiosidad.

—¿Quién es ese tal Mein?

—Carl Mein. Le espera. Por favor.

Me invitó a entrar en la cabina del ascensor, que vertiginosamente nos condujo al piso número 85.

*

—Le presento al señor Carl Mein, señor Longer —dijo Sanders.

Una mano cálida y fuerte estrechó la mía. Miré detenidamente al personaje a quien, al parecer, debía el seguir viviendo. ¿Un mecenas de aquel tiempo?

Se trataba de un hombre alto, delgado y que aparentaba unos cuarenta años. Se veía ágil y con movimientos felinos me indicó unos sillones junto a una chimenea, en donde crepitaban unos troncos. Pero al acercarme descubrí que era un montaje. El fuego no era real, sino una imitación.

Sanders me ofreció una bebida oscura. Sabía a coñac y me sentó de maravilla. Luego pedí agua y me trajo un vaso. Estaba helada y la paladeé.

Como si conociera mi siguiente deseo, Sanders colocó delante de mí una caja de cigarros y me acercó fuego.

Cerré los ojos unos instantes, paladeando el agradable sabor del cigarro. Al abrirlos vi que Carl Mein me estudiaba con expresión burlona. Entonces lo pensé mejor y pregunté:

—¿Cómo sabían que fumaba? —miré la vitola del cigarro—. Y ésta es mi marca, la que fumaba en...

—¿En el siglo XX? —terminó Mein—. Lo sabíamos. Me ha costado una fortuna encontrar una caja, esa precisamente, en una cámara de

conservación. Confío que los encuentre frescos. Puede quedarse con todos, señor Longer. Yo no fumo.

Escuché un carraspeo detrás de mí y Mein hizo un gesto de asentimiento a Sanders.

—Señor, durante el viaje hacía aquí, creí que un coche nos seguía.

—¿Estás seguro, Sanders? —preguntó Mein, frunciendo el ceño.

—Lo juraría, señor.

—¿Quién nos seguía? —pregunté alarmado.

—¡Oh. no se inquiete, señor Longer! Posiblemente algunos merodeadores de las Horas Negras. Pero no se atreverán a entrar en este edificio. Todo el mundo sabe que es muy seguro. Y aunque la Ley Mundial lo permite, es poco frecuente que ocurra.

—Desearía saber qué son las Horas Negras —dije seriamente.

—Después de las doce de la noche hasta las cinco de la madrugada, son Horas Negras en todas las ciudades del mundo —dijo Mein—, Durante ese periodo se puede matar impunemente a quien se encuentre en la calle.

Abrí la boca y creo que debí poner expresión de máxima estupidez.

Carl Mein se apresuró a explicarme, como si le molestara un poco tener que ponerme al corriente de algo que le desagradaba:

—Es la máxima válvula de escape para esta sociedad actual. Sé que se encuentra sumido en un mundo hostil, que le rodea y aprisiona, señor Longer. Todo debe suponer para usted una incógnita cruel.

—Pero se trata de una salvajada…

—Es posible que así le parezca. Digamos que es una forma de socializar el crimen y la violencia. Una patrulla de la policía no intervendrá aunque presencie un crimen a un palmo de sus narices dentro de las Horas Negras, pero un solo minuto después de las cinco de la madrugada, será implacable con el aventurero nocturno, que entonces se convertirá en un homicida.

—Pero, ¿cuál es el motivo de esta situación?

—Presión demográfica, exigencia de un entorno diferente al que usted conoció, extrañas motivaciones que partieron tal vez del siglo pasado —Mein se encogió de hombros—. No lo sé exactamente. Esta situación ya existía cuando yo nací, señor Longer, y nunca me preocupé por analizarla. Pero le aseguro que una persona sensata no sale de noche. Se queda dentro de la seguridad de su casa. Sólo los locos toman un arma y salen al exterior. Y si mueren todas las noches algunos cientos, por la mañana no vemos sus cadáveres porque tenemos un servicio eficaz de limpieza que nos evita un espectáculo desagradable. El mundo no pierde nada y todos ganamos.

Me pregunté qué ganaban realmente, pero me callé de preguntar.

Bebí un sorbo y formulé la pregunta más importante para mí.

—¿Cazar Llegados es también un deporte a escala mundial?

—Esa implantación es anterior a las Horas Negras. Y con reglamentación diferente. Cualquier ciudadano puede matar a un Llegado dentro de la primera semana de su reincorporación provisional a la sociedad.

—Eso es absurdo. ¿Qué motivos hay? ¿También para liberar a los ciudadanos de sus inhibiciones?

Mein negó con la cabeza.

—No quiero que usted juzgue mal el siglo que eligió voluntariamente, señor Longer. Y me parece que no es el más indicado para censurarnos. Nadie le pidió que durmiese durante más de un siglo y se nos presentase sin ser invitado.

Había estado acercando la copa a mis labios y lo dejé. Las palabras de Mein eran lacerantes, pero no exentas de cierta lógica y resentimiento. Era una motivación en la cual yo no había pensado antes de someterme a la congelación.

—Sencillamente, Longer, quería decir: ¿Por qué tenemos nosotros que soportar unos miles de descontentos, enfermos o aventureros del pasado?

—Cuando suscribí contrato con Porvenir en Mañana, ahora absorbido por la Corporación, me garantizaron los gobiernos del mundo de mi época el derecho a ser resucitado.

—Y así han hecho con usted, señor Longer.

—¡Pero no tienen derecho a cazarme como a una alimaña! Soy un ciudadano del mundo.

Mein sonrió. No parecía molesto ante mi exaltado estado de ánimo.

—Nadie le niega ser un ciudadano como los actuales. Es más, el gobierno Mundial lo reconoce como tal. Y la Ley Mundial protege a todos los ciudadanos, excepto, por supuesto, durante las Horas Negras.

—Eso no es cierto —silabeé—. He visto cómo asesinaban a un desdichado recién Llegado. Y todo el mundo no sólo se quedó indiferente, sino que por sus expresiones deduje que ellos hubieran querido ser los asesinos.

Mein se pasó un dedo, indolentemente, por su cuidada patilla.

—Creo que le he dicho que durante la primera estancia en este tiempo, los Llegados pueden ser cazados por la sencilla razón de que el Gobierno Mundial no les reconoce la plena ciudadanía hasta transcurrida la primera semana después de ser despertados. La Ley no puede castigar a quien elimina a alguien que todavía no está reconocido jurídicamente.

Sentí mareos. Tal explicación parecía emitida por una mente

demencial y no por un hombre de aspecto educado e inteligente.

—Usted aún no lo sabe, señor Longer, pero usted lleva en la frente impresa una identificación: 00342—Z. Se la pusieron al despertarle. Es indeleble e invisible. Sólo, empero, se puede ver mediante una luz especial o Sanders a través de sus lentillas. Dentro de siete días le desaparecerá totalmente. Entonces podrá acudir a una oficina gubernamental y exigir que le sean entregados los documentos que le acreditan como ciudadano de pleno derecho. E incluso acudir a la policía para que le proteja. Entonces todo el aparato policial le cuidará y nadie le tocará un pelo ni por error. Pero mientras no desaparezca esa señal o usted cometa un error que haga saber a los ciudadanos quién es, cualquiera puede matarle y no será castigado. Es más, recibirá un pequeño premio, según sea la importancia del Llegado.

»Y usted es una persona muy importante, señor Longer —concluyó.

—¿Lo suficiente para que usted se haya molestado por mí, señor Mein?

CAPITULO VI

—Tengo grandes influencias, señor Longer. Reparto dinero. Aún sigue siendo el dinero una llave eficaz para abrir muchas puertas, ¿sabe? Sustancialmente este siglo no ha cambiado mucho del suyo.

—Yo debo de tener también mucho dinero.

—¿Por qué lo supone? —y por primera vez, creí distinguir un destello de preocupación en la irritante sensación de seguridad que emanaba del señor Mein.

—Lo dispuse todo para que mis inversiones siguieran siendo rentables en el futuro.

—Eso será difícil de averiguar.

—¿De veras?

—Desde luego. Antes tiene que obtener su ciudadanía.

—La conseguiré dentro de una semana.

Mein aspiró profundamente. Después de una prolongada pausa, dijo:

—¿Por qué cree que mi fiel colaborador Lot Sanders le ha sacado de la jungla de muerte que es actualmente esta ciudad?

—Espero que me lo diga, señor Mein.

—Sanders y muchos más han trabajado para traerle aquí, ante mí. ¿Por qué? Muy sencillo. Quiero que me ceda su personalidad.

—¿La de un hombre condenado a muerte apenas salga de aquí?

—Sólo saldrá de aquí si se opone a mis pretensiones, señor Longer. Y como ya sabe, eso significaría su muerte. Bien a manos de los cazadores de Llegados o con una larga raja en el vientre esta noche o la siguiente.

Experimenté la desagradable sensación de sentirme prisionero. Giré un poco la cabeza y noté la presencia de Sanders, mi vigilante.

—¿Cómo puedo entregarle mi personalidad? ¿Qué existe en mí que le interese?

—Algunas cosas. Pero ahora no pienso decirle cuáles. Estará más seguro bajo mi tutela en cándida ignorancia. Dígame si está dispuesto a colaborar y no tendrá que arrepentirse.

—Y a cambio seguiré con vida, ¿no?

—Pienso ser más generoso aún. Dispondrá de una identidad nueva. Dentro de siete días, cuando la marca desaparezca de su frente, usted podrá salir tranquilamente de aquí. Habrá un apartamento a su nombre y abundante dinero, un trabajo incluso si lo desea y unos antecedentes legales. Además, durante cinco días será instruido convenientemente. Usted es inteligente y aprenderá pronto. Ni el más suspicaz de los habitantes del mundo sospechará que usted

es un Llegado. Podrá vivir en paz.

—Es tentadora su oferta. Pero olvida que el motivo que me impulsó a venir a este tiempo fue…

—Sí, también estoy al corriente de eso. Su enfermedad. Aún tendrá tiempo de cuidarse.

—¿No seré sospechoso al intentar curarme de algo que prácticamente se desconoce en esta época?

—Tengo médicos de toda confianza que cuidarán de usted. Puedo darle todo tipo de seguridades de que antes de veinte días usted será un hombre sano.

—Me han dicho que mi enfermedad se venció hace años y que sus datos son desconocidos.

—Existe un registro. Además, tengo dispuestos a mis médicos desde hace tiempo para que le curen.

—Al parecer, todo lo tenía previsto.

—Exacto. Sólo esperaba el 14 de Marzo.

Suspiré y simulé un sonoro bostezo.

—¡Oh, Dios! Estoy terriblemente cansado. Señor Mein, creo que tendré que aceptar su generosa oferta. En realidad, me importa muy poco llamarme Phil Longer que John Masón.

Y si me entrega dinero, me traerán sin cuidado mis viejas propiedades, si es que aún me siguen perteneciendo. Creo que aceptaré.

—¿Sólo lo cree?

—Desearía dormir, descansar después de darme un buen baño. ¿Podríamos terminar esta interesante conversación mañana? Tal vez exista cerca un hotel…

Mein me miró largamente. Pareció titubear, como si mi sugerencia no le complaciera del todo. Se levantó y dijo, después de hacer una señal a Sanders:

—Este apartamento es grande. Se quedará aquí. Sanders le indicará su habitación, con baño completo anexo.

—Estupendo —sonreí volviéndome hacia Sanders,

—Un momento, Longer —dijo Mein—. ¿Sigue conservando la bolsa de plástico que le entregaron en el Enclave Z?

Dudé antes de asentir.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Nada. Temí que la hubiera perdido cuando le persiguieron.

De nuevo le vi reprimir un deseo. Mein hizo morir en sus labios unas palabras que me hubiera gustado oír. Terminó sonriendo y me dio las buenas noches.

Sanders me condujo hasta una habitación confortable.

—Hasta mañana, señor Longer. Le llamaré para el desayuno. En el cuarto de baño encontrará todo cuanto necesite.

Y se marchó cerrando la puerta. Yo no necesité comprobarlo para estar seguro de que Sanders había echado la llave o lo que se utilizase en aquel tiempo para impedir que y saliese.

Entré en el baño y abrí la ducha. Di paso al agua caliente y la. estancia se llenó de vapor. Si tenía visores para verme micrófonos para escuchar mis imprecaciones, la imagen iba llegarles borrosa y el sonido muy deficiente a causa de 1a caída del agua.

Me senté sobre el inodoro y saqué la bolsita de plástico. Mein había cometido el error de demostrar interés por ella. La lámina de plástico que era dinero o una especie de medio de adquirir bienes no debía tener importancia para Mein. El tenía una fortuna inmensa al parecer. Quedaba el rectángulo.

Aquel número era el mismo que yo llevaba impreso en mi frente, pero que resultaba invisible excepto utilizando medios especiales. Por último, el pentágono grueso. Parecía algo dúctil al tacto. Lo toqué y parecía encajar entre mis dedos. ¿Qué demonios sería todo aquello?

El cuarto se llenó de vapor y yo me desnudé para estar más cómodo. Al quitarme los pantalones descubrí la carta. La miré arrobado. ¿Una carta dejada para mí hacía más de cien años? ¿Quién me la había enviado después de que me congelasen? ¿Archie?

Entonces me fijé en la letra que había escrito mi nombre. Sentí un escalofrío pese a la elevada temperatura que me rodeaba.

Era la escritura de Maggie.

*

Decía:

«Querido Phil:

»Después de insistir mucho, Archie me lo ha contado. Lo hizo una vez que me hubo transmitido lo que podíamos considerar como tu última voluntad. ¿Por qué me has ofendido dejándome algo de dinero y unas propiedades? Archie insistió en que tú me has querido —tal vez me sigas queriendo dentro de un siglo, cuando leas esta carta— por el hecho de haberme entregado un gran paquete de acciones de tus proyectos marcianos.

»Cuando le dije que me hubiera gustado despedirme de ti, me sugirió que existía una posibilidad de que tú pudieras leer un mensaje mío. La compañía Porvenir en Mañana ha dispuesto un servicio de entregas para los durmientes.

»Entonces he decidido escribir esta carta.

»Pero no sólo para decirte lo mucho que te quiero y que deseo que en ese futuro que buscas encuentres curación a tu enfermedad, que yo he presentido en muchas ocasiones, pero que no quise obligarte a

confesar.

»Phil, Cariño, esta carta es para decirte que he vendido el apartamento y otras cosas que eran mías. Nunca te lo dije, pero en realidad no necesité nunca tu dinero. Ese dinero con el que tú creías pagar mi amor, pensando que yo te lo daba, en realidad, gratuitamente, siempre dichosa porque tú lo aceptabas.

»Así he reunido lo suficiente para suscribir un contrato con Porvenir en Mañana…»

El papel tembló en mis manos. ¿Qué había hecho Maggie?

Seguí leyendo:

«…y confiar en reunirme contigo. Pero existe una dificultad. Archie tiene muy mala memoria y no sabe decirme en qué año exacto está concertado que tú seas despertado. Y en la compañía, pese a mi insistencia, se niegan a decírmelo. Dicen que es secreto y les está prohibido. Archie sólo conoce la fecha aproximada. No lo anotó y se excusa porque todo sucedió tan de prisa y trabajó tanto que no puede concretar nada.

»De todas formas, me he decidido y firmé con la compañía. Lo vendí todo, excepto ese paquete de acciones de tu Proyecto. Tuve suficiente. Mañana me dormirán y sólo espero que cuando me despierten el espacio de tiempo que nos separe no sea demasiado. En previsión, he elegido una fecha que estoy casi segura será anterior a la que tú decidiste. Exactamente he dispuesto que sea despertada el 15 de diciembre de 2108…»

Temblé. Tuve que salir del cuarto y seguir leyendo en el dormitorio. Me senté en la cama y mis ojos húmedos recorrieron las últimas líneas.

«…por lo que creo que seré yo quien te espere. Tengo la esperanza de que la sorpresa que recibas sea acogedora. Pero antes que salgas del Enclave o de la sala donde te devolverán a la vida, yo te esperaré en la sala H cercana, lo más cerca qué me permitan estar. Me han dicho que una carta temporal te la entregarán inmediatamente. Así lo ha dispuesto la ley refrendada internacionalmente.

»Hasta dentro de 122 años, Cariño, tu amada,

»Maggie.»

Estrujé el papel con rabia, lancé imprecaciones y maldije a todo el mundo, a aquel siglo cruel, a la extraña sociedad que parecía haberse vuelto loca.

Maggie había sido despertada tres meses antes

Lanzada a la ciudad, arrojada a los brazos de aquellos asesinos llamados indulgentemente cazadores. Y si se había librado de ellos durante las primeras horas, la esperaban las Horas Negras.

Supe que no tenían instalados micrófonos en la habitación cuando lancé un grito desgarrador y nadie acudió.

*

No dormí. No podía. Tenía sobre la cama mis pobres pertenencias. Mecánicamente me coloqué el inservible reloj de pulsera y guardé las monedas. Entonces miré el especial dinero, el cuadrado y el pentágono.

Lo primero era mi identificación, pero, ¿y lo segundo?

Acerqué el pentágono a los ojos y forcé la vista. Soy un poco miope y suelo ver muy bien de cerca. Distinguí unas ranuras. Sí, eso debían ser. Huellas dactilares. El pentágono estaba impreso con mis huellas. La materia era algo blanda y mis dedos encajaban en ella a la perfección.

Sonreí un poco alborozado. El pentágono no era otra cosa que mi carnet de identidad. Pero un carnet que según las Leyes Mundiales no tenía todavía vigor. Tomé el rectángulo con mi número y lo coloqué encima del pentágono. No encajaba de ninguna forma.

Pero aquellas dos piezas debían tener una especial importancia para Mein, aunque no quiso antes demostrarlo del todo. Se quedó en cierta forma conforme cuando le respondí que no había perdido la bolsa de plástico. Seguramente Mein no me la exigió porque temió despertar mis sospechas y reprimió sus inquietudes.

Los dos trozos de plástico, uno duro y otro dúctil, debían ser piezas vitales para arrebatarme mi personalidad. Y ahora llegaba la siguiente cuestión: ¿para qué quería mi identidad? La segunda: ¿una vez conseguido su propósito, iba a respetar su palabra de entregarme otra y ponerme en contacto con sus misteriosos doctores que podían curar mi enfermedad?

Me metí en el baño y durante unos minutos estuve bajo la reconfortante lluvia tibia. Me sequé y vestí pausadamente. Recogí los objetos de la cama y los guardé dentro de la bolsa. que metí en el bolsillo derecho del pantalón.

Aspiré profundamente y llamé a la puerta.

La respuesta tardó unos minutos. Lot apareció en el umbral, soñoliento. Me miró con irritación.

—¿Qué demonios pasa...?

Antes de que terminase de hablar le había asestado un tremendo golpe en el cuello con la mano extendida. Más de cien años no me habían hecho olvidar mis conocimientos de karate.

Se desplomó pesadamente. Le arrastré hasta dentro del cuarto de baño después de arrebatarle una pistola que llevaba metida entre su cintura y el pantalón del pijama.

Le dejé allí encerrado, atrancando la puerta con un mueble.

Anduve sigilosamente por la sala. Entreabrí una puerta y escuché la respiración de Carl Mein que dormía. Al lado estaba el dormitorio de Lot. Busqué en el armario y saqué ropa limpia, más lujosa que la que me entregaron al salir del Enclave.

Por el pasillo me las puse. Sólo me quedé con los pantalones. La camisa era de algo parecido a la seda. Un gabán de tres cuartos, de una piel sintética, me ofreció cierto abrigo.

Un reloj luminoso me indicó que eran cerca de las cinco.

Salí del apartamento y tomé el primer ascensor. No con conocía otra salida que el aparcamiento. Seguramente cuando alcanzase la calle ya sería después de las cinco, cuando terminase el periodo de las Horas Negras.

Avancé por las penumbras del aparcamiento, en dirección a la luz que procedía de la cabina del vigilante.

Me acerqué tenso, amartillando la pistola. Durante la bajada del ascensor la había revisado. Era de fácil manejo. Disparaba diminutas balas explosivas y cargaba más de veinte. Me gustó que fuera casi silenciosa.

El vigilante ya me había visto y entonces me arrepentí de no haber cogido las llaves del coche de Lot. Salir de un aparcamiento caminando no era lógico.

Ya había rebasado la altura de la cabina cuando el vigilante salió de ésta y me gritó:

—¡Usted! quieto ahí. Usted vino con el señor Sanders, ¿no? Creo que debo asegurarme de que todo está bien, llamando al señor Mein.

Tenía medio cuerpo fuera de la cabina y no sostenía su rifle amenazadoramente. Tal vez temía equivocarse conmigo, pensando que yo era huésped de Mein y no su prisionero.

En un momento de descuido del vigilante, disparé.

No apunté bien y la bala explosiva se perdió a la derecha de la cabina. Antes de que aprestase su arma, volví a disparar y ahora acerté en la cara del vigilante que estalló violentamente.

No esperé más y eché a correr hacia la salida ascendiendo por la rampa.

Antes de alcanzarla, resonó en todo el edificio una sirena estridente y la verja comenzó a descender.

Seguramente Mein se había percatado de mi huida y había dado la alarma.

Me lancé hacia el estrecho espacio entre el suelo y la verja, rodé unos metros y la escuché caer pesadamente detrás de mí.

Luego proseguí mi huida.

Corrí por una avenida desierta. Todavía era casi de noche.

Se veían algunos transportes públicos y algunos grupos de personas se dirigían a sus vehículos privados.

Indudablemente, la veda de las Horas Negras se había levantado.

También vi algunos helicópteros de la policía.

Recordé que yo había matado a un hombre, al vigilante, fuera de las Horas Negras. La policía podía actuar contra mí si sabían que yo había sido el homicida. No escucharían que estaba defendiendo mi vida.

Además, seguía siendo un Llegado que vivía la semana en la cual podía ser cazado por cualquiera.

Intenté caminar serenamente, alejándome del edificio donde vivía Mein.

Ese hombre debía tener muchos colaboradores, además de Lot Sanders. Pronto los echaría a todos a la calle detrás de mí. Había dicho que era un hombre influyente. Incluso podía recabar la ayuda de la policía.

Sin darme cuenta, empecé a verme rodeado de peatones. Me asombré ante la rapidez con que la ciudad recobraba su abrumadora vida.

Me sentí más fuerte.

Iba conociendo mejor aquel mundo y tenía la esperanza de lograr sobrevivir seis días más.

Entonces, recobraría mis derechos. Sólo tenía que mantenerme apartado de Mein y sus secuaces.

Luego iría a las oficinas del Gobierno y... arrugué el ceño. ¿Me dirían entonces todo lo que yo necesitaba saber?

Si mis previsiones en el siglo XX habían sido correctas, mis negocios, apoyados en el Proyecto Verde, debían ser prósperos actualmente. Por ende, yo debía ser riquísimo. Sonreí.

Sí, posiblemente tenía que ser así. Si no, ¿por qué Mein quería arrebatarme mi personalidad?

Claro que él parecía gozar de una espléndida situación económica. Era aquel punto lo que no ofrecía una consistencia sólida.

Me deslicé por uno de aquellos túneles comerciales.

Olía a café y entré en una de las salas de comidas. Conseguí desayunar sin problema alguno.

En un rincón, con el resto de la taza sobre el mostrador, hice un somero recuento de mi dinero. Si actuaba con mesura, podría durarme siete días. Ante todo, debía ahora preparar dónde dormir cuando llegara la noche.

Seguramente debían seguir existiendo hoteles o algo parecido.

Al salir del establecimiento, caminé por una sección que todavía

parecía estar en obras.

Allí sentí que una mano me agarraba un brazo.

Mi reacción fue demasiado brusca y un poco torpe. No conseguí golpear a quien me agarraba.

Una capa flotó delante de mí y la persona eludió mi ataque agachándose.

—No seas estúpido, Phil…

Me había gritado una voz ronca. La capa se aquietó un poco y vi un rostro semioculto por una máscara de plata.

Los labios femeninos que estaban debajo de aquella máscara empezaron a sonreírme. Eran unos labios hermosos, pero yo empecé a asustarme y automáticamente saqué la pistola.

Entonces de debajo de la capa surgió una mano enguantada que sostenía un tubo de acero. En su punta se produjo un chispazo y mi cuerpo sufrió una descarga eléctrica.

Perdí el conocimiento mientras caía, rodé por el suelo maldiciendo mi mala suerte.

CAPITULO VII

Olí algo fuerte, tosí y me desperté.

Estaba sentado en un sillón muy blando y rodeado de cojines.

Frente a mí, de pie, permanecía la mujer que ocultaba su rostro con una máscara de plata que le llegaba hasta la nariz. Un cabello largo y negro, con reflejos dorados, le caía por los hombros.

No llevaba la capa y su traje, ligero según la moda de la ciudad, mostraba un cuerpo muy bien proporcionado.

Me asombré de no estar atado.

Miré a mi alrededor. La estancia era lujosa, llena de luces rojas en los rincones. Parecía el decorado de un burdel moderno, repleto de motivaciones psicológicas para despertar los deseos.

Ella tenía las manos en jarras y me miraba a través de los orificios de la máscara. Sus labios volvieron a sonreírme de forma parecida a como lo hizo antes de lanzarme la descarga eléctrica.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa. Me ha costado mucho traerte hasta aquí, Phil.

¿Aquella voz? Meneé la cabeza. No podía ser. Intenté incorporarme del sillón, temiendo no poder hacerlo debido a que alguna fuerza extraña me sujetase a él. Pero me levanté y la mujer no pareció inquietarse.

Entonces ella, muy despacio, se llevó las manos a la máscara y se la quitó.

—¡Maggie! —susurré, no dando crédito a lo que estaban viendo mis ojos.

Era ella, no cabía duda alguna. Sólo sus cabellos eran distintos. No era la maravillosa chica pelirroja, sino la estupenda chica morena con reflejos de oro. Se me arrojó a los brazos, sollozando.

Tenía infinidad de preguntas que hacer, pero lo dejé todo para más adelante.

Suavemente, la estreché y la recliné sobre la gruesa alfombra. Mis manos, un poco temblorosas, recorrieron su cuerpo.

Algo en su vestido pareció romperse y su cuerpo desnudo se me ofreció.

*

—Ahora soy Lorgana —dijo Maggie.

Seguía abrazada a mí, relajada. Yo sostenía un cigarrillo y bebí un poco del vaso que ella acercó a mis labios. Era una bebida refrescante, que me estimuló.

Le conté lo que me había pasado y ella escuchó en silencio. Ahora yo esperaba su relato.

—¿Quién es Lorgana? ¿Tu nueva identidad?

—En realidad Lorgana era una mujer. Yo he tomado su lugar por el momento. Ella me localizó apenas salí del Enclave. Todavía yo no conocía nada de este horrible mundo; pero gracias a ella no fui cazada por esos locos que van por ahí buscando Llegados.

—¿No era Lorgana una cazadora?

—Una mujer muy introvertida, algo loca, creo. Buscaba emociones violentas siempre. Durante algún tiempo, salía durante las Horas Negras. En una de las correrías su rostro fue quemado. Estaba esperando turno para someterse a una operación plástica. Por eso llevaba la máscara de plata.

»Apenas salí del Enclave me dirigí a ella en solicitud de informes. Se asombró, tal vez, de verse frente a una Llegada. En lugar de matarme me condujo a este apartamento. Aquí me contó muchas cosas. Me dijo que si me portaba amablemente con ella no me mataría. Era una lesbiana y le excitaba la idea de hacer el amor con una mujer del pasado. Fingí ceder a sus pretensiones y la convencí para que me contase cosas. A los tres días, la maté. Lo hice porque empecé a darme cuenta de que empezaba a aburrirse de mi compañía.

Maggie rehuyó mi mirada y yo comprendí lo que ella tuvo que hacer para sobrevivir en compañía de aquella mujer. La besé. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? —Tuviste suerte, Cariño. Ella fue una buena maestra para ti. ¿Qué hiciste luego?

—Me deshice de su cuerpo. No resultó difícil por medio del triturador de basuras. Durante dos días me dediqué a pensar y a registrar lo que hay en este apartamento. Conocí la vida de Lorgana. Era una mujer solitaria, sin parientes ni amigos. Por lo tanto podía disponer de este lugar para vivir. Me vestí como ella y usé su máscara. Ningún vecino sospechó de la suplantación una vez que me hube cambiado el color del cabello. Ambas tenemos la misma estatura y sus vestidos me sirvieron también.

»Entonces me dediqué a buscarte. Si los habitantes de esta ciudad no saben dónde está el Enclave, yo tengo una ligera idea. Recorrí los barrios y llegué a la conclusión de que estaba en cierta zona. Todos los días la visitaba, hasta que llegaba la noche y tenía que volver aquí.

»Hasta que un día te vi. Iba a acercarme pero descubrí que un hombre te seguía…

—Lot Sanders —dije.

—Te perdí un par de veces. Cuando volví a hallarte te perseguían dos merodeadores que se habían anticipado a la llegada de las Horas Negras, ¿Entonces tú fuiste quien los mató?

—Sí. Te llamé y tú seguiste corriendo —rió Maggie nerviosamente

—. ¿Tan asustado estabas?

Asentí.

—Mucho. Cierto que me sorprendió que alguien en este mundo supiese cómo me llamo, pero eran demasiadas emociones y estaba aturdido. Luego me encontré a ese tal Lot Sanders, y me condujo al apartamento de su amo, un tal Carl Mein. ¿Le conoces?

—He oído su nombre. Creo que está en el Gobierno local. Un hombre peligroso y ambicioso.

Me acomodé a su lado y encendí un cigarrillo.

—Maggie, tú llevas aquí ya más de tres meses. ¿Por qué no has recuperado tu identidad y tus derechos de ciudadanía ¿Es que no sabes aún cómo funciona este mundo?

Ella asintió con firmeza.

—Por las noches estudiaba, leía, y veía toda la información que podía, Phil. Si no he acudido a la oficina gubernamental es porque te he esperado. Quiero que vayamos los dos juntos. Tengo miedo.

—¿Por qué?

—Desde hace más de cuarenta años seremos los primero Llegados que podrán ejercer su derecho y recobrar su personalidad. Me sentiré mejor yendo acompañada por ti.

Me toqué la frente.

—Aún tendré que esperar unos días.

Maggie me acarició el rostro.

—Esperaremos.

Y se apretó contra mi cuerpo.

*

Al tercer día nos atrevimos a salir del apartamento

Paseamos por la ciudad al atardecer. Escogimos una zona menos frecuentada. Nos paramos al borde de una gran terraza. La ciudad se perdía en el horizonte.

No era agradable la ciudad durante el mediodía. Una bruma la rodeaba.

—Es una maldita ciudad —se quejó Maggie—, Creo que se trata de la vieja urbe de Salt Lake City, que absorbió a Provo y Manti en Utah, formando un tremendo triángulo hasta Cerrara, en Nevada. Ahora en la Tierra todas las ciudades son así o más grandes. No hay lugar para sentirse a solas, Phil.

—Sé muy poco aún de este mundo, Cariño. Pero tal vez podamos ir un día a la costa, a bañamos en una playa

Ella rió con amargura.

—No hay playas, no hay bosques para la gente. Todo está controlado, dedicado a producir alimentos, a reciclar las basuras.

Viven más de veinte mil millones de seres en la Tierra, Phil. Los nacimientos están siendo controlados desde hace años y las autoridades fomentan las Horas Negras para que la explosión demográfica no ahogue este mundo en un mar de cuerpos hambrientos.

—Pues no parece haber hambre —protesté.

—Por ahora no lo hay. Pero para el proceso de recuperación de desperdicios y mantener en plena producción los campos y granjas marinas se precisa una inmensa cantidad de energía.

—Eso se solucionó en nuestro tiempo, Maggie.

—Pero no es suficiente la luz solar. A principios del siglo XXI el aumento del ozono debilitó el aprovechamiento de la energía solar. Entonces tuvieron que importar ingentes cantidades de mineral fusionable, no radiactivo, de Centauro

Me entraron ganas de llorar. Mi incipiente odio hacia aquel mundo me estaba impidiendo valorar los logros conseguidos. ¡Se había logrado llegar a las estrellas!

—Siempre pensé que la primera estrella sería Alfa del Centauro —musité emocionado.

—Pero el resto del sistema solar es pura mierda, Phil.

—No es posible —dije, recordando mis negocios en Marte—. ¿Qué pasó con el Proyecto Verde? ¿No te hablé de él en varias ocasiones? Queríamos habilitar Marte para la vida humana plena.

—Creo que ese Proyecto se vino abajo, no prosperó.

Me sentí vacío. Entonces no podía reclamar nada. Mientras dormía me había arruinado. No comprendí nada.

—No puede ser. ¿Para qué quería entonces Mein mi personalidad?

—Oh, no te lo he dicho aún. El pentágono que nos entregaron al salir del Enclave es nuestra identificación, siempre unida al rectángulo de plástico con nuestra clave. Lo hacen para podernos mostrar como Llegados, puesto que sólo podemos presentarnos a las autoridades transcurrida una semana de estancia en este tiempo.

—¿Y Mein quería adaptar mi pentágono a sus huellas digitales para ocupar mi lugar? No lo entiendo. ¿Qué tengo yo que él pueda desear?

Se acercaban gentes y Maggie me condujo hasta otro extremo de la terraza.

—Creo que lo supe en los viejos archivos comerciales, Phil. Cuando el Proyecto Verde empezó a fracasar, los ejecutivos que dirigían tu compañía variaron las metas. Compraron patentes y construyeron naves estelares. Viajaron a las estrellas. Ellos alcanzaron Ofhir, en Alfa del Centauro. Se desligaron del poder Mundial de la Tierra y establecieron sus propias leyes.

»Pudieron hacerlo porque descubrieron allí la forma de ayudar a la

Tierra, para que dispusieran de energía abundante. Podían proporcionar energía a la Tierra, pero impusieron una condición.

—¿Qué condición?

—Conformaron una élite de seres orgullosos, que odiaban las ciudades densamente pobladas. En Ofhir podían vivir en grandes extensiones, en mansiones enormes llenas de robots, mientras que otros Hombres Mecánicos extraían el mineral que exportaban a la Tierra a cambio de productos de fina manufactura, víveres delicados y vinos exóticos. En Ofhir, sólo necesitan lujo. Entonces ellos impusieron la condición de que la emigración a Ofhir desde la Tierra debía quedar cerrada.

—Esto parece muy complicado…

Maggie suspiró.

—Sólo vivo aquí hace tres meses, pero les comprendo en parte. No resulta agradable vivir en una ciudad como ésta.

En toda la Tierra son iguales o peores. Una se ahoga aquí. Cualquier terrestre daría media vida por poder viajar hasta Ofhir y vivir allí, en grandes espacios abiertos.

—Hay que pensarlo bien antes de ir a Ofhir —comenté—. Aunque se viaje a la velocidad de la luz, es preciso un lustro para alcanzar Alfa del Centauro.

—Al principio se tardó incluso más, pero ahora los ofhirianos pueden viajar a la Tierra en menos de dos meses, viajando por el hiperespacio. Traen en sus naves el mineral y se llevan riquezas. Lentamente están saqueando la Tierra de sus obras maestras. Se dice que cada hogar de un ofhiriano es un pequeño museo. Son apenas cien mil para un planeta del tamaño de la Tierra. ¿Te imaginas vivir en un estado del tamaño de Florida, disponiendo para ti solo de una catarata mayor que la del Niágara?

—Me parece terriblemente egoísta.

Maggie me miró.

—Pues tú eres el dueño de todo eso, Phil.

—¿Estás loca?

—Tú eres el que estás ciego. Es tu compañía. Te pertenece. El Proyecto Verde en Marte fracasó, pero dejaste suficiente dinero para iniciar los viajes a las estrellas, legalmente tú eres el mayor accionista. Ofhir es propiedad de una compañía comercial debidamente registrada en la Tierra. Si se atreve a enfrentarse al Gobierno Mundial, no será capaz de negar tus derechos una vez que en la Tierra te sean reconocidos.

—Vamos, Maggie. No pretendas hacerme creer que soy propietario de un planeta —reí nerviosamente—. Durante más de un siglo mi participación debe haber quedado disminuida. No he podido adquirir mi parte en las ampliaciones.

—No olvides que yo también tengo un paquete de acciones. Ambos, juntos, podemos… podemos ir a Ofhir. No podrán negarnos nuestro derecho, Phil.

Agaché la cabeza y me mordí los labios. Ella entonces me preguntó qué me pasaba.

—Estamos olvidando algo importante, Maggie.

—Tu enfermedad.

—Eso es. ¿Aceptarían en un mundo privilegiado un hombre portando un virus mortal? Dicen que está aletargado en mí, pero no estoy seguro de cómo reaccionaría en un ambiente distinto. Es posible que aquí en la Tierra sea estéril ya, pero en Ofhir podría ser mortal.

—Tenemos que visitar algún médico. Y lo haremos cuanto antes.

—Podría ser peligroso.

—Más peligroso será dejarte, Cariño.

—No lo entiendes. Si algún médico supiera que yo soy portador de una enfermedad que existía en el siglo XX, podría sospechar que soy un Llegado.

—No he querido alarmarte antes, Cariño, pero no podemos seguir viviendo mucho tiempo en el apartamento de Lorgana. Ayer recibí notificación de un hospital. Debería ingresar antes de una semana para restaurar mi cara. Podemos levantar sospechas si seguimos viviendo aquí.

Maggie se quitaba la máscara cuando salía del edificio. Yo miré su rostro iluminado por la difusa luz del día. Seguía siendo hermosa. Me sentía emocionado a su lado. Ella me había seguido a través del tiempo. Archie tuvo razón al decir que me quería.

—Además, tu enfermedad puede entrar en crisis en cualquier momento —dijo ella—. Conozco un médico. Creo que por una buena cantidad de dinero no hablará si sospecha algo. Vive en el mismo edificio del apartamento de Lorgana. Confío que podrá curarte. Si tu enfermedad dejó de ser maligna hace tiempo, no habrá problema. Debieron descubrir algún antídoto, no sé.

—Haremos lo que creas conveniente.

Aquella tarde subimos al apartamento del doctor. Se llamaba Lorimer, era viejo y de aspecto desagradable. Pero no teníamos otra salida que confiar en él.

Mientras nos escuchaba yo noté un brillo codicioso en sus ojos. ¿Acaso estaba calculando la cifra que nos iba a pedir?

CAPITULO VIII

En su piso, el doctor Lorimer disponía de un buen equipo. Al verlo me pregunté qué tenía que estudiar en aquel tiempo un hombre para lograr el título. La máquina, complicadísima. realizó el diagnóstico.

Lorimer estudió durante un buen rato los gráficos, se sonrió varias veces y luego nos miró.

Primero posó su mirada de cuervo sobre Maggie, quien en su papel de Lorgana seguía llevando la máscara. Luego me estudió.

—Muy interesante, muy interesante —dijo socarronamente.

—¿Puede hacer algo? —pregunté con ansiedad y lleno de temor por recibir una respuesta no satisfactoria.

—Uh, claro que sí. Su enfermedad no es un problema. Pero necesitaré algún tiempo.

—No podemos arriesgarnos a perder mucho, señor Lorimer —dijo Maggie. Le puso delante de los ojos un pliego alargado. Yo no supe qué era. Luego ella me explicó que se trataba de un certificado por una cantidad importante. Al parecer, Lorgana disponía de fuertes sumas en su apartamento—. ¿Le parece suficiente para pagar sus honorarios?

Lorimer bizqueó al leer la cifra, y tendió codiciosamente sus manos hacia el certificado, pero Maggie lo guardó rápidamente diciendo:

—Se lo daré cuando haya terminado.

—¿Toda esa suma por un simple trabajo, por remover viejos informes químicos y encontrar solución a un viejo mal? —preguntó Lorimer.

—Y también por su silencio. ¿Lo comprende

—Ajá —asintió Lorimer—. Vengan mañana por la tarde. Lo tendré todo preparado. Si mi memoria no falla, creo que el tratamiento es sencillo. Tienen suerte, amigos. Yo traté esa enfermedad. La conozco.

Le miré perplejo.

—Creí que era vieja, un virus ya no conocido.

Nos dijo la edad y no dudé que tuviese más de un siglo.

Su expresión podía ser muy vieja, aunque su aspecto no representase más de sesenta años. Demonios, aún no sabía si la gente había logrado prolongar la vida en aquel siglo, siendo normal rebasar los cien años.

Cuando nos marchábamos, Lorimer retuvo a Maggie y vi que le susurraba unas palabras al oído.

De nuevo en nuestro apartamento, le pregunté qué había dicho aquel tipo. Ella me miró preocupada.

—Estoy intranquila, Phil. Lorimer parece que conocía de antiguo a Lorgana. Me preguntó si tú eras un transexual. Ese viejo debía conocer las inclinaciones de Lorgana, al parecer.

—¿Qué podemos hacer?

—No sé. No tenemos más remedio que volver a verle. Tu seguridad es lo más importante ahora.

Se retiró a la pequeña cocina. La escuché trastear con los cacharros, preparar la cena. Yo me entretuve viendo la televisión, eligiendo canales al azar.

Al cabo de un siglo, aquel medio de perturbación mental seguía siendo aberrante.

De pronto llamé a Maggie. Ella acudió alarmada desde la cocina. Llevaba en la mano una ensalada de algas y algo parecido a tomates.

—¿Qué sucede?

Me levanté y dije:

—Cariño, hemos sido unos estúpidos. Dos detalles importantes han pasado delante de nosotros sin darnos cuenta —levanté un dedo—. Primero, mañana se cumplirá una semana que fui despertado. Lógicamente de mi frente debe haber desaparecido la señal de mi condición de Llegado. Segundo, al otro lado de esta ciudad existe un astropuerto, el único del continente americano que es utilizado por los ofhirianos. ¿Qué sabes de ellos?

—¿De las gentes de Ofhir y sus naves?

—Sí.

—Bueno, lo que todo el mundo. Ellos tripulan las naves hiperespaciales. Disponen de zonas acotadas en los puertos espaciales, y no son nada amables con los terrestres. Traen sus mercancías y vuelven a Ofhir cargados con sus caprichos.

—¿Es que no lo comprendes? Nosotros podemos ir hasta ellos porque disponemos de propiedades en la compañía. Con nuestras identificaciones será suficiente. ¡No necesitamos recurrir a las autoridades de la Tierra!

—Estás seguro de lo que dices?

—Podemos intentarlo, ¿no? Mañana a primera hora podemos alquilar un aerocar, e ir al puerto estelar y entrevistarnos con los ofhirianos.

—No es fácil llegar a ellos.

—Pero si podemos llamarlos por vídeo.

—Eso lo podemos intentar mañana. Si, podemos hacerlo. Si concertamos una cita a primera hora, podemos estar por la tarde en la consulta del doctor Lorimer.

Observé cómo Maggie solicitaba a la central el código del vídeo de la sede de Ofhir en el astropuerto. Me sentí un poco nervioso esperando.

A cada día que pasaba estaba más impaciente por abandonar aquel mundo, en donde los que eran despertados podían ser matados impunemente. La gente actual odiaba a los que se habían dormido años atrás.

En la Tierra sobraba gente, no había espacio para todos y el Gobierno Mundial había trucado maliciosamente las leyes para permitir aquel asesinato en masa, que duraría hasta que en las criptas quedase un ser congelado soñando con despertar en un mundo mejor del que dejaron.

Nos sentamos delante del aparato. El globo se encendió y una cara adusta de hombre nos miró alternativamente.

—Soy Nurorme, primer ejecutivo de la sede de Ofhir en el astropuerto de Salaci. ¿Quiénes son ustedes?

—Soy Phil Longer, y ella es Maggie O'Hara. Ambos somos del siglo XX. Fuimos congelados en 1986.

—¿Qué me importa a mí eso? —nos espetó el llamado Nurorme.

—Queremos ir a Ofhir.

Nurorme soltó una carcajada.

—Todo el mundo quiere ir a Ofhir. Pero nadie lo consigue —entonces, como si pensase en algo que le extrañara, preguntó—: ¿Llegados? Teníamos entendido que los salvajes ciudadanos solían acabar con los Llegados el primer día. A lo sumo el segundo. Y eso con suerte. No me hagan perder el tiempo con bromas, señores. Soy un ejecutivo muy ocupado y...

—¡Espere! —grité, temiendo que fuese a cortar la comunicación—. ¿No le dice nada mi nombre? —al ver que seguía sin mover un músculo, añadí—: En el siglo XX, yo fui quien fundó la compañía que inició el Proyecto Verde en Marte. ¿Le dice esto algo?

—No soy muy versado en historia terrestre, señor. Si fuera más explícito...

—Maldita sea, no puedo decírselo todo ahora. Mi amiga y yo queremos ir mañana al astropuerto, tener con ustedes una conversación detallada.

—Eso es imposible. No mantenemos relaciones de ningún tipo con los aborígenes.

—¡Pero yo soy dueño de una gran parte de la actual compañía que explota Ofhir! Puedo demostrarlo.

—¿Qué puede demostrar?

—Antes de ser congelado constituí una compañía que en mi nombre administrase mis bienes. Todo lo dediqué al Proyecto Verde, que tenía por objeto terraformar una extensa zona de Marte, pero al parecer no pudo hacerse y los administradores decidieron financiar expediciones a Alfa del Centauro y...

—Eso lo sé, señor Longer —ahora Nurorme no parecía tan

despectivo con nosotros, pero seguía mostrando su desconfianza—. Creo que este asunto escapa de mi competencia. Deberé informar a mis superiores. Déjeme su dirección. Nos pondremos en contacto con ustedes.

—¿Cuánto?

—Eso no puedo decírselo. Señor, ¿por qué se congeló usted en el siglo XX?

Palidecí y sentí que Maggie estrechaba mi mano.

—Eso no tiene importancia ahora. Esperamos su llamada, señor Nurorme.

—Está bien. Confío en que todo esto no sea una broma de mal gusto. Los terrestres ya no saben qué idear para conseguir una plaza hacia Ofhir —soltó una risa irritante y su rostro desapareció del globo.

Miré a Maggie y le dije:

—No podemos decirle nada de mi enfermedad.

—Has hecho bien —asintió ella—. Eso podría cerrarnos las puertas.

Me asome a la ventana. Docenas de pisos más abajo, la ciudad se sumergía en la oscuridad. Comenzaban las Horas Negras, el período de cacería y de muerte para miles de personas que se lanzaban a las tenebrosas calles en busca de emociones.

*

Nos acostamos tarde, esperando una llamada que no llegó.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, ojerosos. Tomamos café y apenas probamos bocado. De vez en cuando mirábamos el vacío globo.

—Supongo que deberíamos odiar a los ofhirianos —dije pensativo.

—¿Por qué?

—Ellos podrían ayudar a la Tierra, ¿no?

Maggie movió la cabeza.

—No estoy segura —dijo—. Llevo más tiempo que tú viviendo aquí. No son muchos tres meses, pero los suficientes para comprenderlos un poco. Ellos llegaron a Centauro, solos, sin ayuda. Descubrieron un planeta virgen, maravilloso. No quisieron que se pudriese como ocurrió con la Tierra. Quieren conservarlo igual y compenetrarse con la naturaleza. ¿No es lógico? Sus antepasados llevaron bien aprendida la lección. Huyeron de un mundo hostil, superpoblado. Oh, Phil, recuerda cómo era nuestro siglo. Pasamos una durísima crisis energética, se halló la energía solar y todos nos volvimos locos de contento. ¿Se arregló algo? No. En el mundo seguían muriendo gentes, seguían los tiranos rodeados de riquezas,

mientras muchos pueblos retrocedían. Las naciones ricas seguían siendo ricas, y las pobres cada vez más pobres.

—Tal vez tengas razón. Fueron buenos momentos para remediar las cosas, para implantar leyes que impidiesen la explosión demográfica. Pero las multinacionales necesitaban expansión rápida para obtener ganancias a la vuelta de la esquina. Cuando quisieron darse cuenta, al parecer, era tarde. Sobraba gente y la Tierra daba lo justo para malvivir.

—Y sigue existiendo hambre en algunas naciones, miseria mucho más grande que la que conocimos en Asia, Phil. Lo he leído. Por eso no debemos juzgar mal —a los ofhirianos. Ellos no quieren contagiarse con los terrestres.

Esbocé una sonrisa amarga.

—Ya. Y nosotros pretendemos escapar de aquí, marchar a un mundo que es un paraíso.

—Son los nuestros en realidad. Ellos pudieron realizar esa empresa porque contaron con los fondos de tus compañías.

—Pero yo intenté ganar espacio vital para la Tierra en Marte.

—Fue imposible y lo consiguieron en las estrellas.

Seguimos dialogando, cambiando impresiones. Maggie terminó preguntándome si los de Ofhir podían hacer algo más por la Tierra que suministrarles energía para que la delicada estructura de la sociedad no se derrumbase estrepitosamente.

No respondí nada, pero ya tenía una respuesta.

Dejamos pasar las horas y nos marchamos cuando llegó el momento de la cita que habíamos concertado con el doctor Lorimer.

*

—Tengo buenas noticias, señores. Anoche estuve trabaja do hasta muy tarde, revisando viejos informes. Señor Longer, su enfermedad puede ser vencida.

—¡Eso es magnífico' —exclamó Maggie abrazándome.

—Ejem. Bueno, mis colegas pueden atenderle pronto, pero ellos exigen una cantidad... digamos que similar a la que usted me ofreció, Lorgana.

—No hay inconveniente —dijo ella prestamente.

—Podría... uh... ¿darme ahora lo estipulado?

Antes de que yo protestase, Maggie le entregó el certificado que Lorimer se apresuró a guardarse.

— Magnifico. Ahora, si están dispuestos, podemos marchar a la clínica. Todavía quedan dos horas para las Horas Negras y podremos llegar allí a tiempo. Sólo tengo que comunicar a mis colegas que vamos para allá. Nos esperan.

—¿.Cuánto tiempo será preciso para el tratamiento —pregunté.

Había algo en la actitud de Lorimer que no me gustaba. ¿Su codicia por el dinero, tal vez?

—Sólo un día, señor. Mañana a primera hora podrá estar de regreso de nuevo con Lorgana.

—¿Quiere decir que yo no le acompañaré? —preguntó Maggie.

—Bueno, no es preciso que usted...

—De ningún modo. Yo tengo que ir con él.

—En ese caso...

—Deberías quedarte en el apartamento. Recuerda que pueden llamarnos...

—Eso no es problema. Puedo dejar un mensaje si llaman. Doctor Lorimer, ¿cuál es la dirección de esa clínica?

Vi que Lorimer titubeaba. Murmuraba algo que no entendí y al final dio una dirección a Maggie. Ella se excusó y fue a nuestro apartamento. Regresó poco después y Lorimer ya se había puesto un gabán, dando muestras de impaciencia por salir.

—Tomaremos un vehículo de alquiler. ¿Lleva encima el dinero de mis colegas, Lorgana?

*

El coche de alquiler necesitó más de una hora para llegar a su destino. Ya había caído la noche y la ciudad se estaba quedando desierta.

Calculé que debíamos estar en territorio de Nevada, hacia el Oeste. Recordé que a unos cien kilómetros en aquella misma dirección, al otro lado de la vieja ciudad de Cerrara, estaba el astropuerto continental usado por los ofhirianos.

La clínica estaba situada en una extensión solitaria, rodeada de modernos edificios, altísimos y tenebrosos.

Tal vez fuese aquélla una zona modesta, de viviendas destinadas a obreros. Al fondo se alzaban inmensas y grises moles de factorías alimenticias.

El edificio constaba de diez plantas, y se veía muy viejo.

Lorimer nos condujo a un montacargas, indicándonos que entrásemos.

Entonces, algo sacudió mi mente, empujé al viejo contra la pared de la cabina y crispé mis puños delante de su rostro.

—¡Phil! —me gritó, alarmada, Maggie.

—Este maldito perro va a explicarnos cómo sabía mi nombre. ¡Me llamó señor Longer en su casa! ¿Cómo lo sabía? Soy un estúpido al no haberme dado cuenta.

El viejo me miró asustado. Le di una bofetada y gimió.

—Sáquenos de aquí ahora mismo —le conminé.

Pero al volvernos, nos encontramos con las negras bocas de dos armas. Detrás, dos vigilantes nos miraban ceñudos.

—Adentro —dijo uno.

Yo tuve que olvidarme de mi arma. Seguramente, Maggie lamentó llevar la suya dentro del bolso. El viejo recompuso su traje y escupió a mis pies.

—Ahora van a saber lo que es bueno.

El ascensor se puso en marcha mientras los dos hombres nos vigilaban.

CAPITULO IX

No me extrañó lo más mínimo ver de nuevo a Carl Mein. Detrás de él estaba Lot Sanders, que pareció querer fulminarme con la mirada.

—Hola, señor Longer. No sabe cuánto me alegro de volverle a ver —dijo sonriente Mein—. No fue muy agradecido con mi hospitalidad. Dejó a Lot un mal recuerdo y eso no está bien.

Los hombres nos empujaron hasta Mein. Antes de entrar en la habitación nos cachearon y nos quitaron las pistolas.

—Has hecho un buen trabajo, Lorimer —dijo Mein a viejo—. Tal vez recibas algo extra además del dinero que ha sacado a la chica. Por cierto, señorita, ¿querría quitarse esa burda máscara? Sabemos que no es Lorgana, ella era vieja amiga del doctor.

Lorimer se retiró sonriente.

Al pasar por delante de Maggie, le dijo despectivo:

—Lorgana era buena amiga mía. Ayer descubrí que usted no era ella. ¿Acaso la mató?

Maggie no respondió y Lorimer se marchó. Los vigilantes cerraron la puerta detrás de él.

—Bien, supongo que usted es una Llegada, Maggie. Porque ése es su verdadero nombre, ¿verdad? Como ve, estamos bien enterados de los nombres de los que son despertados. Ha sido fácil averiguarlo porque la policía me facilitó los que fueron cazados estos últimos meses y yo ya dispongo de una lista del Enclave Z. Maggie O'Hara, una antigua amiguita del señor Longer. ¡Qué bello cuadro!

—Fui un estúpido al subestimarle, Mein —dije—. Al parecer, sus tentáculos son extensos en la ciudad.

—Y en todo el planeta, Phil —rió Mein—. Ahora puedo decirles que soy un miembro importante del Gobierno mundial. Lo demás, lo que quiero de usted, ya lo sabe.

Mein agitó la bolsita de plástico que sus sicarios me habían arrebatado. La vació sobre una mesa y contempló los objetos. Tomó el pentágono y lo acarició.

—Es precisa su colaboración para que mis huellas pasen a ocupar el lugar de las suyas, señor Longer. ¿No lo sabía? Es muy sencillo, usted debe voluntariamente ejercer cierta presión en este pentágono. El material se calentará y entonces yo lo tomaré. Sus huellas se borrarán y yo imprimiré las mías. Así de sencillo. Pero es algo que no admite coacción. Creo que cuando se creó este sistema de identificación, sus inventores no pensaron que nadie quisiera usurpar la personalidad de otro. Pero la suya, Longer, es vital para mí. Con ella tendré abiertas las puertas de Ofhir y también me apoderaré de

todas sus acciones, las cuales sólo tendré que reclamar por vía legal. Ni todo el poder de los egoístas ofhirianos podrá oponerse a que yo dicte mi ley en ese mundo.

—¿Qué pretende hacer?

—No le importa —Mein me tendió el pentágono—. ¿Está dispuesto a colaborar, señor Longer?

Moví la cabeza negativamente. Tal vez lo hice demasiado pronto.

Mein no se inmutó. Seguramente, esperaba que respondiera que no.

—Bueno, ya lo hará —miró a Maggie—. La presencia de esta linda chica facilitará mucho las cosas. Seguro que usted la aprecia y no querrá que estropeemos su hermoso rostro como lo tuvo Lorgana. O peor aún. Y no habrá cirugía plástica que se lo pueda arreglar después de que un médico trabaje en ella. Porque no olvide, Longer, que esto es una clínica, pero de mi propiedad, y aquí todo el mundo está a mis órdenes. Si yo lo mando, descuartizarán a la chica lentamente. Ella incluso seguirá viviendo y sufrirá aunque sólo le, quede entera la cabeza. ¿Me entiende?

—Por supuesto —admití—. Ya no soy tan ingenuo e ignorante como hace una semana, Mein.

Entonces Carl sacó una lámpara y la dirigió después de encenderla a mi frente. Su expresión se volvió torva.

—¿Qué ha estado haciendo estos días, Phil?

—Nada de particular. Digamos, un pequeño curso de información sobre este asqueroso mundo. ¿Por qué?

—No. por un instante había temido que hubiese ido al Gobierno para reclamar su identidad. ¿Sabía que no tiene ya marca de Llegado?

—No podía estar seguro, pero lo suponía.

—Bien —Mein señaló a Lot Sanders—. Dejó mal sabor de boca a Lot. Phil. Yo podría dejarle en sus manos porque tiene una cuenta pendiente con usted. Pero creo que podríamos llegar a un acuerdo. Su amiga no sufrirá ningún percance en su belleza y usted conservará la vida tal y como prometí hace unos días, e incluso dispondrá de cierto bienestar económico.

Permanecí callado. Mi mano buscó la de Maggie y la estrechó.

—¿Qué responde, Phil?

—La Ley Mundial me protege, Mein. Usted no puede tocarme porque he dejado de ser un no—ciudadano…

—Bah, no diga tonterías. Es precisa la homologación gubernamental, y por ahora nadie sabe si usted vive aún.

Anduvo por la habitación unos pasos. Se detuvo y dijo:

—No puedo esperar más, Longer. Quiero su respuesta. Le aseguro que no será agradable la visión que verá de su chica.

Respiré y dije:

—Está bien, haré lo que quiera.

—Phil... —empezó a protestar Maggie—. Luchaste por tu proyecto. Si accedes te quedarás siempre en la Tierra...

Me encogí de hombros.

—Nos hubiéramos quedado de todas formas, ¿no? Prefiero estar en la superficie que bajo tierra.

Mein chasqueó los dedos y los condujeron fuera.

Al lado había una habitación dispuesta con unos extraños aparatos. Unos módulos sensoriales me fueron insertados. A Mein le hicieron otro tanto y me entregaron el pentágono. Noté a Mein nervioso, como si el momento que vivía, a punto de alcanzar lo que parecía ambicionar más que nada, le sumiera en un extraño éxtasis.

*

No pude reprimir una sensación de desaliento cuando del pentágono desaparecieron mis huellas y quedaron impresas las de Mein.

Carl sonrió ampliamente.

—Perfecto, señor Longer —rió con cierto nerviosismo—. Bien, en realidad ahora soy Phil Longer, un Llegado y propietario de gran parte de Ofhir y su poder, con derecho a entrar en ese maldito planeta.

—No comprendo su interés por emigrar allí, Mein. Tal vez lo comprendería en alguien que viviese sumido en los problemas de la ciudad, pero usted... es demasiado rico y aun en este mundo puede conseguir lo que desee.

—No tengo interés en darle explicación alguna —dijo Mein despectivo. Hizo una señal a Sanders, que se acercó. Le dijo:

—Llévalos fuera.

Aquellas dos palabras fueron un mazazo.

—¿Qué dice? Aún estamos en plenas Horas Negras —grité.

—Por supuesto, amigo.

—Pero nos prometió...

—Bah. Es conveniente que desaparezcan. Nadie se inmutará por sus muertes. La señorita aún no se registró pese a llevar varias semanas en la ciudad, y usted, Longer, es preferible que muera. Sus cadáveres serán unos de los muchos que aparecen en las calles por la mañana.

Rugí y pretendí abalanzarme contra aquel tipo, pero los vigilantes me sujetaron. Uno me golpeó y sentí un intenso dolor en un costado.

—Jefe, yo me encargaré de ellos —sonrió Lot Sanders.

Mein asintió.

—De acuerdo. Pero lo que sea hazlo en la calle. Y procura luego

desfigurar los rostros para que no puedan ser identificados. Eso suele ocurrir mucho.

—Por Dios. Carl —exclamé—. Deje libre a Maggie. ¿Qué ganará con su muerte?

—Es posible que no me moleste más, pero soy hombre precavido. No me gusta dejar testigos inútiles.

Movió las manos para indicar a Lot que se apresurase, y entre aquel matón y los vigilantes fuimos conducidos hasta la salida. No fuimos por el aparcamiento, sino que nos llevaron hasta un pequeño jardín delante del edificio.

Los .vigilantes quedaron en la puerta, demostrando en sus rostros que tenían miedo de internarse en las penumbras de la noche. Lot les dirigió una mirada iracunda, despreciativa.

—Es igual; yo puedo encargarme de ellos —dijo.

—Hazlo lejos —dijo uno, mirando con recelo a ambos lados—, Al jefe no le gusta que aparezcan cadáveres cerca.

—Podéis tiraros de cabeza al infierno —gruñó Sanders.

A punta de pistola, nos llevó a unos veinte metros de la casa.

Doblamos una esquina y nos detuvimos en una especie de plazoleta alargada, que terminaba en unas estructuras de hormigón en obras.

—Es suficiente —dijo Lot—.Quietos ahí.

Maggie se interpuso, antes de que yo pudiera impedirlo entre la pistola de Lot y yo.

—Déjenos marchar, Sanders. Aún conservo cierta cantidad de dinero que puedo entregarle. Carl Mein no sabría nada. Él ni siquiera podrá ver los cadáveres. Sabe que los servicios de limpieza los recogen al amanecer…

Lot soltó una risita que me castigó como un latigazo.

—Sé dónde vive y puedo entrar en el apartamento de Lorgana y quedarme con todo lo que hay en ese burdel.

Maggie seguía delante de mí. La empujé a un lado, Lot se distrajo y me arrojé sobre él. Lo hice consciente de que en cualquier momento recibiría una bala explosiva en el estómago.

Pero conseguí golpearle en el rostro. Lot retrocedió y yo grité a Maggie que huyese, pero la muy estúpida se quedó allí, dando vueltas a nuestro alrededor, queriendo intervenir en la lucha.

Lot me rechazó. Conocía la lucha tanto o más que yo y me devolvió con creces el golpe que recibió en el apartamento de Mein.

Hinqué las rodillas en el suelo, dolorido. Alcé la cabeza y vi a Lot que enrabiado, sujetaba el arma con las dos manos y me apuntaba al pecho.

Escuché detrás de mí el grito de Maggie presintiendo la tragedia. Y a continuación dos silbidos secos pasaron por encima de mis cabellos.

Dos dardos de fuego dieron en el cuerpo de Lot, se encendieron dos destellos y aquel maldito rodó por el suelo convertido en una hoguera.

Cuatro figuras surgieron de las sombras y se acercaron a nosotros.

Yo aún estaba medio doblado a causa del dolor, y Maggie, en lugar de echar a correr, se abrazó a mí.

—Debían ser merodeadores, adictos a las Horas Negras.

—Debiste huir cuando podías, Cariño —jadeé a Maggie.

Uno de los hombres se adelantó y pese a la escasez de la luz creí reconocer aquel rostro. Ya estaba pensando en él cuando se identificó.

—Soy Nurorme. ¿Me recuerda?

—Claro que sí. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Les llamamos y el contestador automático nos informó con la voz de la señorita O'Hara que estaban aquí. Teníamos rodeada la clínica y dispuestos a entrar para sacarles de aquí cuando les vimos salir.

—Pudieron intervenir antes —protesté—. Ese tipo estuvo a punto de matarnos.

—Teníamos que acercarnos y...

Nurorme gritó a los hombres que le acompañaban.

Los vigilantes se acercaban. Seguramente, hablan esperado escuchar los secos estampidos de la pistola de Lot, y se hablan extrañado ante los fogonazos.

Al ver a tantas personas, empezaron a disparar.

Los ofhirianos usaron sus espectaculares armas y abatieron a uno. El otro echó a correr hacia la clínica y dos de los hombres de Nurorme le siguieron.

El ejecutivo de Ofhir se llevó un transmisor a los labios y habló unas palabras que no pude escuchar.

Al otro lado de la plazoleta se produjeron relámpagos y se escucharon estampidos. Seguramente salían más hombres de Mein de la clínica. Eché en falta un arma, descubrí la que estaba cerca de Lot y me agaché a recogerla.

—No la toque señor Longer —me conminó con estentórea voz Nurorme.

Me volví despacio. El tono que empleó era seco. Agité la cabeza. Tal vez dejaba de ser un condenado a muerte para convertirme en prisionero de otros intereses. Pero, ¿para qué?

Sólo un ofhiriano regresó.

Al mismo tiempo, mientras explicaba a su jefe que su compañero había caído y de la clínica estaban saliendo más hombres armados y vehículos aéreos, del oscuro cielo sin estrellas descendió un ululante vehículo.

—Suban —nos dijo Nurorme—, Vamos, no perdamos tiempo.

No nos hicimos repetir la orden, que de eso se trataba en realidad.

Aún no se había cerrado la puerta del aerocar, cuando éste ascendió violentamente. Miré hacia abajo y vi hombres de Mein en la plazoleta. Mientras nos alejábamos de aquel maldito barrio creí ver salir, al menos, tres aparatos voladores de la terraza de la clínica.

Me intranquilicé al notar cierta preocupación en el rostro de Nurorme, cuando dirigiéndose al piloto, le dijo:

—A toda velocidad, Rion, al astropuerto. Esto se pone mal.

Ascendimos por encima de los más altos edificios, en dirección oeste siempre. La noche era oscura y no podía verse más allá de cien metros. Distinguí unos puntitos luminosos y de pronto de éstos surgieron unas potentes luces que nos enfocaron.

—Rion, ¿no puedes ir más deprisa? —dijo Nurorme.

El piloto contestó:

—Es un aparato terrestre, no lo olvide. Si fuera uno de los nuestros, de los que usamos en Ofhir, hace tiempo que los habríamos perdido de vista.

Nurorme se volvió al otro ofhiriano y le ordenó:

—Comunica con nuestra sede en el astropuerto. Que tomen medidas especiales dentro del recinto.

Maggie estaba sentada junto a mí. Le pasé una mano por el hombro, tratando de infundirle confianza.

—No podemos estar peor en manos de estas gentes que con Mein.

Había tratado de sonreír.

¿No queríamos hablar con los ofhirianos? Pues ya estábamos con ellos.

No sólo nos habían salvado, sino que nos conducían al astropuerto, una zona que era de su exclusiva competencia, en donde poseían un gran recinto al que los terrestres no podían acceder sin tener en sus manos un permiso muy especial.

Había sido un tonto asustándome cuando Nurorme me prohibió tomar la pistola de Lot Sanders.

Entonces había pensado que desconfiaban de nosotros.

¿No era ésa una prueba palpable de que estaban dispuestos a escucharnos y quizá a atender nuestras reclamaciones, el mero hecho de haber ido hasta la clínica?

Incluso habían perdido a un hombre luchando por salvarnos a nosotros.

Susurré al oído de Maggie:

—Cálmate, Cariño. Nos llamaron porque reconsideraron nuestra solicitud. Y cuando supieron dónde nos encontrábamos, fueron a buscarnos en seguida. No dudes de que lo conseguiremos, Maggie querida, lo conseguiremos. Iremos al planeta Ofhir.

Ella alzó su rostro alterado, apretó los labios y dijo:

—¿Cómo demostraremos quiénes somos? ¿Con qué? Ni siquiera yo conservo mi pentágono. El tuyo es ahora el de Mein porque se lo transferiste.

Aunque el aerocar seguía volando, sentí como si estuviera cayendo al haberse convertido en plomo.

CAPITULO X

Nurorme se volvió hacia nosotros con expresión preocupada.

—Debéis ser muy importantes para el jefe, amigos —dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Me pidió que os buscara en plenas Horas Negras, cuando incluso un sucio terrestre puede liquidar a un ofhiriano.

—¿Quieres decir que esos que nos persiguen pueden dispararnos?

Nurorme asintió solemnemente.

—¿A un vehículo con el emblema de Ofhir? — preguntó Maggie —. No puedo creerlo. Siempre creí que gozaban inmunidad.

—No durante las Horas Negras —Nurorme rió amargamente—. Eso no se estableció en los acuerdos entre nuestros mundos, y ahora soy el primero en lamentarlo. Claro hasta hoy, después de casi un siglo, ningún ciudadano de Ofhir desafió el peligro que encierran las Horas Negras.

Cerré los ojos unos segundos.

Me angustiaba al pensar cómo iba a reaccionar el jefe de Nurorme cuando estuviésemos en su presencia y no pudiéramos demostrar lo que habíamos afirmado a través videófono.

¿Se conformaría con una patada en el trasero y lanzarnos fuera del recinto de seguridad que la Legación de Ofhir ocupaba en el astropuerto?

—Pidan ayuda a las autoridades de la ciudad... —empezó a decir Maggie.

—¿En horas de cacería libre? —Nurorme torció el gesto —Se reirían de nosotros y apuesto lo que sea a que incluso se pondrían muy contentos. No, sólo podemos confiar en lo nuestros y llegar al astropuerto. Nuestro Recinto está muy al interior, pero la ley establece que las Horas Negras y su privilegios no pueden ser utilizadas en el perímetro de u astropuerto.

Miró con recelo a nuestros perseguidores, que nos ganaban terreno.

—Espero que así sea —concluyó.

—¿Estamos muy lejos del astropuerto? —pregunté.

—A unos diez minutos. Pero hemos pedido ayuda a los nuestros. Si el jefe se siente valiente hoy, enviará unos aerocars en nuestra ayuda, que nos saldrán al encuentro. Tal vez nuestros enemigos se asusten al verlos.

Seguramente, Carl Mein estaba en una de las navecillas que nos seguían. Y yo me pregunté qué motivos tenia para perseguirnos con tanto ahínco. ¿No disponía ya de mis credenciales?

Si no hubiese temido que Nurorme estallase en cólera al saber que no podíamos garantizar nuestra identidad y nos arrojase al vacío, le habría formulado esa pregunta. ¿Tanto le interesaba a Mein nuestra muerte?

Sin aquellos trozos de plástico, no podríamos hacer valer nuestros derechos, pensé. No tenía siquiera que molestarse en dispararnos.

Un hombre y una mujer en aquel mundo, sin dinero y sin identificación, no podían durar mucho, careciendo de un lugar donde refugiarse en la noche. Y nosotros ya habíamos perdido el precario refugio que hasta entonces había estado utilizando Maggie, el apartamento de Lorgana.

Miré por los cristales. Volábamos a más de mil metros sobre la ciudad. Había una total carencia de tráfico aéreo, porque seguramente aún faltaba bastante tiempo para que terminase el periodo de las Horas Negras.

Hacia el oeste descubrí una intensa fuente de luz. Pregunté a Nurorme qué era aquello.

—El astropuerto —me replicó, sin dar muestras de alegría.

Comprendí que aún tardaríamos en llegar allí. Y nuestros perseguidores estaban cada vez más cerca.

De pronto se produjo una explosión a nuestra derecha y la onda expansiva hizo que nuestro aerocar diera terribles bandazos. El piloto consiguió enderezarlo y aceleró. El motor aulló y temí que estallase.

Entonces la cara de Nurorme adquirió una ligera expresión de esperanza. Señaló hacia adelante y dijo:

—Vienen dos de nuestras falúas, construidas en Ofhir. ¡Ah esos sí que son magníficos vehículos, y no esta tortuga!. Si hubiera tenido tiempo cuando salimos en vuestra busca, habría usado una de ésas. Pero no estaban listas. Si hubiera sido así, esos malditos nunca nos habrían alcanzado.

Las falúas de Ofhir pasaron veloces a nuestro lado. Las tres navecillas que nos perseguían se desplegaron. Dos se enfrentaron a las recién llegadas, y la tercera insistió en perseguirnos. Era la mayor y también la que había efectuado primer disparo.

—No eran suficientes para interceptar a esos perros —masculló Nurorme—. Pero hemos ganado algunos segundos.

El astropuerto estaba cerca.

Terminaba la ciudad en una serie de barrios plagados casas bajas y destartaladas, seguramente tristes residencias para navegantes del sistema, jubilados o imposibilitados seguir ganándose la vida en el espacio.

Volábamos ahora a menos altura, sobre las primeras instalaciones.

Observé las gigantescas naves planetarias, las que mantenían comercio, triste y pobre, con las escasas colonias que un siglo atrás se

establecieron en Marte, en Venus y en algunos satélites de Saturno o Júpiter.

La extensión era enorme y perdí la cuenta de las naves que veía. Creo que pronto superaron el centenar y aún había más por todas partes.

Sus formas extrañas me impresionaron. Las había grandes y deformes, como ballenas. Otras eran estilizadas, aunque con el casco viejo y reparado mil veces. Las menos eran modernas y ofrecían aspecto robusto.

—¡Nos sigue todavía la navecilla mayor! —exclamó Maggie.

Nurorme soltó una imprecación.

—Quien sea, está loco o goza de buenos amigos en el astropuerto. Ha debido informar que llegaba, pues de otra forma, se habría enfrentado a las baterías de vigilancia que impiden a los civiles sobrevolar el astropuerto.

En seguida me convencí de que a bordo de la navecilla iba el mismo Carl Mein, dispuesto a acabar con nosotros antes de llegar al Recinto.

Dudé ya de que incluso allí se resistiera su osadía.

Escuché al piloto comunicar con el Recinto de Ofhir, explicando atropelladamente lo que sucedía. No percibí la respuesta, pero no debió resultar demasiado placentera para los ofhirianos, porque éstos arrugaron el ceño.

Dos naves de la policía volaban a poca distancia de nosotros, pero se mantuvieron alejadas.

Debían estar viendo aquellos cochinos lo que sucedía, pero no quisieron intervenir. Sentí respeto ante el poder que Mein parecía ejercer incluso ante la aparentemente inviolable policía terrestre del astropuerto.

—¿Qué demonios pasa? —bramó Nurorme—. Con su actitud se exponen a provocar un serio conflicto con Ofhir. El Gobierno Mundial se verá en serio peligro para damos explicaciones.

Me dije que de poco iban a servirnos a nosotros las explicaciones y disculpas que el Gobierno Mundial pudiera dar a Ofhir si el próximo disparo nos mandaba al infierno.

Y apenas pensé en el averno cuando dos disparos estuvieron a punto de enviarnos sobre el pavimento de hormigón erizado de naves interplanetarias.

Ya veíamos una explanada donde se levantaban unas naves que me parecieron maravillosas, incluso en tales circunstancias. Eran naves estelares de Ofhir, capaces de viajar a cinco millones de años—luz en pocos días.

Las naves de los descendientes de mi compañía, que guardaban celosamente su secreto de viajar por el hiperespacio.

—No llegaremos, Nurorme —dijo el piloto cuando un nuevo disparo desequilibró totalmente nuestro vehículo y perdíamos altura.

—Desciende entonces.

—¿Cómo llegaremos? —inquirí.

—Corriendo. Tendremos el Recinto apenas a unos doscientos metros, y dudo que esos perros se atrevan a acercarse más.

El piloto no consiguió un buen aterrizaje.

Todos nos levantamos doloridos y pudimos salir del destrozado vehículo a través de entrada que tuvimos que reventar a golpes.

Nurorme tenía una herida fea en el brazo izquierdo, pero podía empuñar una pistola. El piloto pidió que le dejásemos allí ya que tena una pierna rota. Los otros dos ofhirianos dispusieron sus armas y nos indicaron que corriéramos hacia el Recinto, que yo todavía veía muy distante.

La nave de Mein nos sobrevoló un par de veces, describiendo cada vez círculos más estrechos. Debieron descubrirnos y descendió.

Lo hizo entre nosotros y el brillante recinto.

Nurorme y los dos ofhirianos se arrodillaron y apuntaron hacia el vehículo. Dispararon.

Sus terribles armas destrozaron toda la proa de la navecilla, un trípode de sustentación saltó, y la cabina principal quedó tumbada, se produjo un fuego y vimos salir algunas figuras.

—Demos un rodeo —gritó Nurorme.

—Quiero un arma —pedí.

—Nada de eso. Son armas de Ofhir y sólo los ofhirianos pueden utilizarlas.

—¡Maldita sea! —pensé que tenía que mentir—. Yo seré tan ofhiriano como usted cuando haga valer mis derechos.

—Pero no lo es ahora —replicó Nurorme, volviendo a disparar contra los hombres de Mein que se desplegaban y avanzaban hacia nosotros.

Aunque los terrestres no disponían de tan espectaculares armas como los ofhirianos, parecían gozar de mayor puntería.

Sus disparos abatieron a uno de los hombres de Nurorme y acabaron también con la vida del piloto, quien ante el ataque había optado por salir de la cabina.

Entonces, a media distancia entre los dos grupos que luchaban se alzó una densa cortina de humo. Nurorme dijo mientras nos señalaba que corriésemos hacia la derecha.

—La han lanzado desde el Recinto. Vamos, es nuestra oportunidad.

Teníamos que dar de todas formas un amplio rodeo. El enemigo no nos veía, pero podíamos tener la mala suerte de toparnos con ellos si nos desviábamos un poco.

Al pasar por encima del cadáver de un ofhiriano, tropecé con algo metálico. Era la pesada pistola calorífica. La tomé sin que Nurorme me viese. Con la otra mano sujeté a Maggie y corrimos.

Aquel humo era denso y parecía agarrarse al suelo. Algo borroso salió de él. Eran dos hombres de Mein que dispararon contra el ayudante de Nurorme. Este consiguió matarlos.

Pero cuando me miraba enfurecido por verme armado, yo disparé por encima de su hombro y evité que otro secuaz de Mein le atravesase la espalda. Entonces Nurorme apretó los labios y no dijo nada.

Pero aquel tipo corría demasiado y pronto le perdimos de vista. En medio del humo no podíamos ver más allá de un metro escaso. Temí haberme perdido. Tal vez no nos dirigíamos al Recinto, sino en dirección contraria.

Algo se movió delante de mí.

—¿Nurorme? —pregunté en voz baja pensando que volvía a buscarnos.

Pero era Mein quien apareció.

Estaba solo y se. quedó tan sorprendido como yo. Pero fui más rápido y empecé a disparar. Aquella pistola de Ofhir podía convertirse en un mortal lanzallamas si uno no deja de apretar el gatillo.

Mein lanzó un lacerante grito cuando su cuerpo fue cubierto por una densa cortina de fuego.

Otra figura apareció a su lado. Yo estaba desviando el arma para volver a disparar, cuando una voz me gritó:

—¡Yo! ¡Soy yo, Longer!

Y un asustado Nurorme avanzó hacia nosotros.

Me confesó que se había perdido y no sabía elegir adecuadamente la dirección hacia el Recinto.

—Esta niebla artificial se disipará en un par de minutos. Será mejor que nos quedemos aquí. Vendrán del Recinto a recogernos cuando nos vean.

Efectivamente, apenas dos minutos después la niebla se esfumó.

Nos vimos rodeados de varios cadáveres. El de peor aspecto era el de Mein.

Pero los primeros en llegar fueron los policías terrestres del astropuerto. Un oficial se adelantó mientras los agentes permanecían alejados de nosotros.

Echó un vistazo a los muertos y comentó:

—Nosotros nos llevaremos a los terrestres —miró a Nurorme—. Supongo que ustedes harán lo propio con los suyos, ¿no?

—Desde luego —Nurorme no podía disimular su rabia—. ¿Por qué no interceptaron a los que nos perseguían? Los privilegios de las Horas Negras nunca se han extendido hasta el astropuerto.

El oficial escupió cerca del irreconocible cadáver de Mein. Al parecer, él sí sabía quién era, pese a todo.

—¿Está loco? —dijo el oficial—. Yo sólo cumplí órdenes no interviniendo. Este tipo me exigió libre paso y que me mantuviera al margen de todo. Incluso si ellos hubieran violado el Recinto de Ofhir.

—¿Quién demonios es ese hombre? —pregunté.

—¿No lo sabe?

—Sólo que se llama Carl Mein.

—¿Y no sabe que Carl Mein es el Prefecto de toda esta zona continental y uno de los más importantes miembros del Gobierno Mundial? Bueno, él lo quiso. Seguro que tendrá un buen entierro. Y durante los funerales, sus colegas discutirán quién le sustituirá. Decían que estaba algo loco.

Del Recinto llegaban varias personas. Al frente de la comitiva iba un hombre de porte altanero.

Nurorme me advirtió que se trataba del Jefe de la Legación de Ofhir, quien al enterarse de la conversación que mantuvo conmigo le exigió que me llevase cuanto antes ante él.

EPILOGO

A bordo de una de las fabulosas naves estelares de Ofhir y en la cabina de! Jefe de la Legación, éste, llamado Koskla, pareció sonreír ante mis narices.

Yo no había encontrado otra forma de hablar que contando la verdad.

En realidad, estaba cansado de tantas mentiras. No me importaba que me echasen de allí de malas maneras.

Mientras Koskla seguía sonriendo, yo estrechaba la mano de Maggie, sentada a mi lado.

—Olvídese de sus documentos de identidad, señor Longer.

—¿Qué quiere decir?

—Que no son precisos.

—¿Se burla de mí? ¿Quiere decir que me cree, que me considera el verdadero Phil Longer y...?

—Por supuesto. Y también que su acompañante es Maggie O'Hara, que también posee un buen paquete de acciones del primitivo Proyecto Verde. Fue usted muy generoso con ella al cedérselas antes de congelarse, señor Longer.

—No puedo creer lo que dice, señor Koskla.

—No le entiendo... Está muy claro, ¿no? Tan pronto lleguemos a Ofhir, todo será arreglado legalmente. Se le reconocerá como propietario del 51 % del planeta. Creo que la señorita dispone de un 7 %. Entre ambos podrán manejar el consejo de administración a placer.

—¿Así de sencillo?

—Sí. ¿Es que lo duda? ¿Qué pensaba, señor Longer?

Moví la cabeza. No daba crédito a lo que escuchaba.

—Pensé que dudarían de mis palabras, que no creerían en mi identidad, y sobre todo que no les apetecería entregar gran parte del poder de Ofhir a quien se presentase de improviso reclamándolo...

—Un momento —me interrumpió Koskla—. Yo pertenezco al consejo de administración y puedo hablar con plenitud de derechos. ¿Por qué supone que nosotros no habíamos estado esperando desde hace años la aparición del fundador de la compañía? Siempre hemos estado aguardando este día, señor Longer. Sabíamos que usted estaba congelado y que despertaría algún día. No sabíamos cuándo exactamente, pero sí pronto. Cuantas veces quisimos saberlo con exactitud, nos encontramos con las negativas del Gobierno Mundial de la Tierra, que es el único que conserva los registros de entrada a los Enclaves.

—Pero si sabían quién era yo… ¿por qué Mein creyó que podría suplantarme?

—Lo habría hecho. Nosotros no somos un estado, señor Longer, sino una sociedad mercantil. Nuestra posesión es un planeta, y con él comerciamos con la Tierra. Gracias a nuestros suministros de energía, este mundo puede sobrevivir. A cambio obtenemos diversos placeres. Pero lo que no toleramos es vivir tan densamente como los terrestres. Nuestra moral está basada en el respeto a las leyes mercantiles e incluso a la Ley Mundial. Si Mein le hubiese matado y se hubiese presentado ante nosotros con sus objetos de identidad registrados en su personalidad, nada ni nadie le habría impedido sentarse en nuestro consejo de administración e imponer la apertura de nuestras fronteras a la emigración de la Tierra.

—¿No sería lo lógico?

—No aún, señor Longer. Inevitablemente, el sobrante de la masa humana que vive en la Tierra, tiene que emigrar algún día a las estrellas. Pero no toleraremos que sea a Ofhir. Es nuestro mundo y lo amamos tal como está. Puedo decirle que secretamente estamos acondicionando otros mundos lejanos a Centauro donde algún día podrán llegar los terrestres. Mientras tanto, deben permanecer en la Tierra y procurar no multiplicarse excesivamente.

—Entonces, las intenciones de Mein eran honestas, aunque tal vez equivocadas —murmuré.

Koskla negó vigorosamente.

—Nada de eso. Conocíamos bien a Mein. El ambicionaba el poder para su uso exclusivo. A Ofhir sólo hubieran emigrado los que él hubiera querido. Ambicionaba una exquisita corte en Ofhir. verse rodeado de halagos y sentir el poder que le confieren los secretos de nuestra compañía comercial. Es triste decirlo. pero con su muerte todos hemos ganado, señor Longer. No se sienta culpable con la muerte de ese ser despreciable.

—Pero sigo sin comprender cómo están seguros de quién soy yo.

Koskla volvió a usar otra vez su sonrisa irónica.

—Nos llevamos a Ofhir toda la documentación referente a su persona del siglo XX, señor Longer. Tenemos viejas fotografías suyas y también registros de sus huellas digitales sobre papeles amarillentos. Pero eso será solamente una comprobación rutinaria. No tenemos ahora ninguna duda de su personalidad.

—¿Y habrían aceptado a Mein como si fuese yo?

—No es así. Habríamos aceptado a Mein como titular de las acciones que pertenecen a Phil Longer. Usted no había transferido su personalidad a Mein, sino la propiedad de la compañía. ¿Es que no lo sabía? Solamente para eso sirve el pentágono. Allí están inscritas las propiedades de las personas que están congeladas.

—Pero yo se las transferí… —empecé a decir.

—Sí, lo hizo. Pero Mein no tuvo tiempo de inscribirlas debidamente. Por eso tenía tanto interés en que usted muriese. Si seguía con vida, podía alegar que lo hizo a la fuerza y la transferencia no habría tenido validez.

Me sentí un poco apabullado ante tantas revelaciones. Pero aún tenía una pregunta que hacer.

—De todas formas, me gustaría hacer algo por los infelices que aún duermen, esperando ser descongelados. No quiero que se enfrenten a un mundo tan terrible y desconocido como Maggie y yo tuvimos que hacer.

—Esas leyes son difíciles de cambiar, señor Longer. Fueron establecidas por el Gobierno Mundial para evitar el incremento de la población. Y creo que también para controlarle a usted cuando llegase su turno de volver a la vida.

—¿Qué habría pasado si algún cazador hubiese dado buena cuenta de mí, apenas hubiese salido del Enclave Z?

Koskla se encogió de hombros.

—Mein se habría salido con la suya. Por eso una ley premiaba a quienes mataban a los Llegados. Pero tenían que entregar las pertenencias que éstos llevasen. Esas pertenencias eran llevadas a Mein, quien cada día esperaba que algunas de ellas fuesen las suyas. Además, tenía siempre docenas o cientos de agentes suyos vigilando. Con sus lentillas especiales, podían identificarlos siempre antes de que fuesen matados por los cazadores. Resulta muy fácil leer el número de identificación que los Llegados llevan en la frente. Se los ponían cuando los congelaban y resistían el frío y también el largo paso del tiempo. Luego se borraban solos, al cabo de una semana de exponer esa rara pintura al aire libre.

Me levanté. Me sentía cansado y tomé a Maggie por la cintura.

—Creo que por el momento han sido demasiadas emociones, señor Koskla. ¿Podría retirarme a descansar?

Koskla se levantó y amablemente respondió:

—¡Por supuesto! Nurorme les acompañará a su suite. Partiremos dentro de unas horas. Siempre hemos tenido dispuesta una nave estelar para conducirle a Ofhir, señor.

—¿Habrá problemas con la Tierra por la muerte de Carl Mein?

—Ningún problema, señor Longer. Lo sucedido ha sido demasiado desagradable y ambas partes preferirán echar tierra al asunto.

La suite que nos dieron era fastuosa.

Una vez a solas, Maggie me miró fijamente.

—¿Contento? —preguntó.

—Debería estarlo. Pero…

—¿Algún pero? ¿Cómo es posible?. Hace unos días no podamos

imaginar que las cosas nos fueran a salir tan bien.

—Mi enfermedad...

Ella se echó a reír.

—Cuando subimos a la nave, hablé con el médico de a bordo. No quería que tú estuvieras presente por temor a que su respuesta no tuviese ninguna esperanza para ti. El hombre me dijo que tú estás a salvo de la enfermedad que te indujo a congelarte.

La tomé por los hombros.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. El virus murió cuando te congelaron. Está demostrado. Pocos años después de dormirte, Phil, se descubrió que una baja temperatura destruía el virus, acompañada de una retirada del oxígeno. ¡No tienes nada de qué preocuparte!

—De todas formas...

—¿Qué pasa ahora?

—Tendremos mucho trabajo cuando lleguemos a Ofhir, Cariño. Quiero que usemos nuestra influencia para obligar al consejo de administración que exija a la Tierra que cesen las muertes de los Llegados.

—¿Sería posible? A mí también me desagrada que ellos, que al fin y al cabo son colegas nuestros, se cacen como alimañas.

—Será lo primero que conseguiremos. Luego, cuando se pueda, impondremos otras cosas. La eliminación de las Horas Negras, por ejemplo.

Ella me echó sus brazos al cuello y me llenó de besos. Me dijo que me quería, que estaba loca por mí, y me arrastró hasta el fondo de la habitación.

Allí nos acogieron unos mullidos lechos.

No nos dimos cuenta cuando la nave estelar partió de la Tierra rumbo a Ofhir.

FIN